

NUEVA ESPAÑA

SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL



La carga, por Maside.

LOS ESTUDIANTES, EN LA CALLE

Siempre hemos dicho que la verdadera fuerza revolucionaria de nuestro país está en la juventud escolar y obrera. El hecho de que los últimos sucesos hayan ocurrido por habérseles negado a los estudiantes la autorización para celebrar la manifestación pro-amnistía, pone bien de relieve la solidaridad que existe entre las fuerzas obreras e intelectuales de España, las únicas capaces de garantizar aquí una nueva política. La generación actual es la más sensible a las injusticias del régimen cuya desaparición es la primera etapa—la primera, nada más—de la gran evolución española. Los estudiantes y los obreros están unidos hoy contra la monarquía como lo estarán mañana para responder a las exigencias de una nueva civilización.

Ciertos periódicos que quieren pasar por radicales—en el fondo defienden el impunismo de la monarquía—han hecho del caso de los estudiantes un problema de Dirección de Seguridad. Es estúpido. ¿Qué importa que esa autoridad sea civil o militar, que el Gobierno lo nombre o que el Gobierno lo dimita! La dimisión que hay que pedir es la del régimen, porque éste es el que tiene siempre a su disposición hombres capaces de perseguir a la generación más heroica y más brillante de los últimos tiempos. El régimen ya no puede vivir más que rodeado de ilegalidad y defendido por los fusiles. Hasta que el Estado-gendarme se venga abajo y entre sus escombros perezcan aristocracia y plutocracia, columnas del feudalismo monárquico.

AÑO II.—Núm. 38.

1 de abril de 1931.

25 CÉNTS.

EDITORIALES

LOS HOMBRES DE NEGOCIOS EN EL PODER

La operación de crédito en el Extranjero que en nombre del Gobierno español ha consumado el señor Ventosa, constituye uno de los actos más desaprensivos que puede realizar un ministro de Hacienda. De «ctínico» lo califica el señor Bergamín. De absurdo y catastrófico para la economía nacional lo tachan con rara unanimidad nuestros economistas y entidades financieras.

Esa disponibilidad de 60 millones de dólares, ampliables a 100—unos seiscientos millones de pesetas—, que Morgan y otras firmas norteamericanas facilitarán a España, no es otra cosa que el paso previo a una estabilización forzada de nuestra moneda, que para mantenerse al tipo que se fije exigirá una sangría continua de las reservas en oro del Banco. Y esta sangría ya se sabe lo que significa: la disminución del crédito del Estado—y con ello de nuevo la baja de la peseta en condiciones de enorme gravedad—, la desvaloración de la moneda-papel, el alza de precios, etc., etc.

Operación de tal importancia, que compromete a España en el presente y en el porvenir con la Banca extranjera, no se hubiera atrevido siquiera a proyectarla ningún Gobierno constitucional sin el concurso del Parlamento. Pero nuestro Gobierno lo es de Dictadura. Y se presta a tal enormidad, concebida por el señor Cambó y llevada a la práctica por su secretario en el Ministerio señor Ventosa, por la sencilla razón de que hay que dar gusto al soberbio mercachifle catalán, a cambio de su apoyo político, auxilio que se estima indispensable para defender al régimen agonizante.

¡Negocios! Esta es la clave del arco absolutista. Negocios a costa del Erario español, pingües negocios realizados a la sombra clandestina de los poderes dictatoriales. Tal es una de las causas de la oposición rabiosa que nuestra plutocracia ofrece al retorno a la Constitución y el origen de muchos de los repentinos viajes a París y Londres de alguna encumbrada personalidad...

La operación de crédito en el Extranjero, verificada por el señor Ventosa a espaldas del país, perjudica gravísimamente a éste. Lesiona el interés particular de cada español que vive de su trabajo. Atropella preceptos constitucionales y escamotea al Parlamento una determinación que él sólo puede tomar. ¿A quién beneficia, pues? Por lo pronto, a un grupo de banqueros de los Estados Unidos. Luego, a los in-

NUEVA ESPAÑA

SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL

DIRECTORES:

ANTONIO ESPINA

JOAQUIN ARDERIUS

JOSE DIAZ FERNANDEZ

Redacción y Administración:

39, TUDESCOS, 41

MADRID

Teléfono número 12501

Apartado de Correos 555

Dirección telegráfica: MORATEDI

SUSCRIPCIÓN:

Semestre..... 6 pesetas.

Año..... 12 —

NÚMERO SUELTO: 25 CÉNTIMOS

termediarios que hayan gestionado el negocio. Y luego, caso de que se llegue a la soñada estabilización, a diversas Empresas. Seguramente más que a ninguna a la célebre «Chade». De la cual es presidente—lo decimos sin malicia, nada más que sentando un hecho—don Francisco de Asís Cambó, y vicepresidente hasta poco antes de jurar el cargo de ministro de Hacienda, el señor Ventosa.

LA NOTA DE BURGUETE

Bastan unas pocas, poquísimas líneas, para señalar la importancia de la nota de Burguete. Da idea de la descomposición monárquica en las zonas más altas de la vida nacional. El Ejército no quiere una nueva Dictadura. El Ejército—hablamos de la oficialidad y de la tropa—está solidariado con el pueblo. Contra los generales ambiciosos basta la actitud serena de los militares dignos.

Lo que asombra es que este Gobierno ilegal, tan faccioso como el de Primo de Rivera, sienta esa prisa en castigar a una autoridad que habla solamente de hacer cumplir la ley. ¿Qué hace este Gobierno, que gobierna sin Constitución, con los generales sublevados en 1923?

Ayuntamiento de Madrid

NUEVA ESPAÑA

BARBARIE YANQUILANDESA

Preludio a Managua en "B. Flat"

(Con acompañamiento de english)

Calles pavimentadas, carretas
y Busses. Lagunas que sueñan como viejos
[poetas
y un lago que ríe, que canta, que tiembla.
[Gentes elegantes;
coches, carretones, indios, mendicantes,
babies rascacielos de cemento armado;
fresqueras,
fruteras,
ambulancias, camiones y siempre algo nuevo,
[algo inesperado.
Anfibios; sikorskies; trimotores,
alados Equinos de la Pampa Azul,
celestes cantores;
aviones, aviones, aviones...
Muchos uniformes, pechos con medallas.
El Canal. Los Yankees, y los liberales, los
[conservadores
y todo política, locas ilusiones...
Leche pasteurizada y clubs y jazz-bands,
y por todas partes un English Spoken.
«Cuántos millones de almas hablaremos
[inglés.»

Yes, Sir.

El teniente Rotten, el capitán Dem,
Coroneles Shark, Comandantes Dog,
y los Generales y Ministros Hell...

Rosados,
Uniformados,
Condecorados,
Admirados,
Tatuados,
Yes, Sir.

Managua, Managua, ya estás civilizada:
Tu traje de kaky; tu gente, todo es extranjero,
hasta tu catedral es importada...
Pronto en ella veremos un Dios English
[Speaking.

Ya estás civilizada.

Yes, Sir.

Tus bellas damitas saben de cultura:
No tienen noviazgos, tienen otras gracias...
[Triviales...

Pláticas de cine, de modas de sexo... Son muy
[liberales,

se divorcian, se casan, están a la altura
Sólo algunas, pocas, siguen atrasadas,
y no andan con yankees, ni fuman ni beben
[cock-tail,

Yes, Sir

Managua, Managua, con tu bello lago
que anfibios fumigan con verde París...
Higiene... Sin mosquitos dormirá con calma
el gran Momotombo, tu gran centinela,
mientras te oxigenas y cortas el pelo,
cuando se despierte le dirás... No Spanish...
[Malecones,

Zoos...

Golf y Country Clubs,
Canal Zone, German, French, English Spo-
[ken...

Managua,
Yes, Sir.

JOSE M. MORAN

LOS ESQUIROLES LITERARIOS

Entre los hombres de pluma ha habido siempre una especie de masonería para servirse mutuamente de las ventajas de la publicidad. Un escritor calla los defectos de otro, para que éste a su vez elogie sus obras en la primera ocasión. Muchas reputaciones se han hecho gracias a este cambio de intereses. Nosotros, desde el primer día, estuvimos dispuestos a terminar con ese inmoral régimen de permutas, fruto de un ambiente donde la corrupción alcanza a todos los sectores de la vida social. A nosotros no nos importan los «boicots», ni las represalias. Estamos dispuestos a todo con tal de decir la verdad sobre las ideas y las personas. Hace tiempo que hemos decidido colocar muy en último término las ambiciones literarias, la tranquilidad doméstica, la satisfacción personal y todas las demás garambainas que no conducen más que a la estúpida vida vegetativa. Creemos tan grave este momento de España y del mundo, que sólo clasificamos a los hombres públicos, escritores o no, de esta manera: los que están con la reacción o los que están con la revolución.

No están solamente con la reacción los escritores que defienden públicamente aquellas ideas. Lo están también aquellos que, con el pretexto de no escribir sobre temas políticos, colaboran turbamente con los elementos que causan la desventura de España. El escritor debe ser, antes que nada, un hombre digno, independiente e insobornable. Desde hace algunos años hemos conocido al tipo de escritor que, lleno de codicia, no ha buscado sólo los ingresos de su profesión, sino que ha vivido, y espléndidamente por cierto, de un Estado que está siendo la ruina de los españoles. La voracidad de estos literatos no tiene límites. Cobran de los Ministerios, de los periódicos, de las Casas editoriales. Últimamente, la Dictadura hubo de crear, para soborno de intelectuales, el más inmundo organismo de cuantos pesan sobre el contribuyente español: el Patronato de Turismo. De él tienen excelentes noticias nuestros lectores, puesto que desde hace un año venimos narrando su edificante gestión.

Con motivo del asalto monárquico a El Sol y La Voz, han aparecido de nuevo los esquirols literarios. Aunque otra cosa opinen los terribles republicanos de La Voz, la nueva Empresa ha venido exclusivamente a servir al rey, a defender al rey. Por eso se han retirado de allí los escritores que no quieren cohonestar con sus plumas una defensa implícita de la

Monarquía. Porque hablar ahora de continuar el programa fundacional de El Sol y La Voz es un sofisma inadmisible, ya que ese programa había sido rebasado últimamente. Ese fué el origen del pleito.

¿Y quiénes han sido los esquirols literarios de El Sol y La Voz? Por hoy, bastan tres nombres: don Enrique Díez-Canedo, don Melchor Fernández Almagro y don Ramón María Tenreiro. El señor Díez-Canedo, que cobra sueldo de la Escuela Central de Idiomas, del Ministerio de Estado, del Comité de Enlace de la Exposición de Barcelona, de El Sol, como crítico de teatros; de La Voz, como redactor gracioso de «La cena de las burlas» (que, dicho sea de paso, nunca tiene gracia); de La Nación, de Buenos Aires, etc., etc. Este señor fué a la Feria del Libro de Praga, con grandes dietas, como delegado del Gobierno Berenguer; no es, pues, extraño que se haya quedado en El Sol. Pero lo que es extraño es que se haya atrevido a proponer también su colaboración en Crisol, el periódico de los redactores salientes. Bien es verdad que antes, el señor Canedo había aprovechado el cargo de

crítico teatral para estrenar una traducción suya, y que ha prodigado los mayores elogios a los mayores currinches de nuestra escena. Sobre el valor literario del señor Canedo, «por sus obras le conoceréis». Si alguna vez suenan sus versos por ahí, es en boca de las recitadoras, que de ese modo logran una gacetilla elogiosa del propio autor. En prosa escribe peor que el señor Fernández Almagro, campeón del barroquismo y de la concordancia vizcaína. Que ya es escribir.

Del señor Fernández Almagro no hemos de decir sino que es uno de nuestros «turistas» más acreditados. Por ahí le dicen «republicano del Patronato del Turismo». Es funcionario de Correos, funcionario del Turismo, funcionario de Espasa-Calpe, etc., etcétera. Su estilo es el más divertido del mundo, porque nunca se sabe a ciencia cierta lo que dice. Es el escritor que complica el tópico como nadie.

Del señor don Ramón María Tenreiro, asomado ahora a la primera plana del periódico de Barbate y Vives, vale más no hablar. Es de estos hombres a quienes se les guarda el secreto. En realidad, nadie sabía cómo escribía, porque nadie había leído sus libros. Su sueño dorado era publicar algo en un periódico de Madrid. Respetemos en cierto modo esa ilusión senil, que bastante desgracia tiene.

Para el ministro de Gracia y Justicia

Lo ocurrido en Veguellina

Hace unos días se insertó en los diarios un telegrama de León, en el que se daba cuenta de haber sido detenidos y encarcelados veinticuatro jóvenes republicanos del pueblo de Veguellina, por el delito de hallarse reunidos tomando café en un establecimiento público de dicha localidad.

Lo ocurrido fué lo siguiente:

«En el pueblo de Veguellina, distrito de Astorga—feudo electoral del marqués de Alhucemas y de su sobrino el señor Gullón García Prieto—, viene registrándose desde hace algún tiempo un vigoroso resurgir del republicanismo, como en toda España.

El elemento joven de dicha localidad, especialmente, había iniciado las gestiones para la constitución de un Círculo Republicano, que cuenta ya con numerosísimo adheridos, tantos que puede decirse sin hipérbole que integran la mayoría de la población culta de aquel Municipio.

Estos elementos habían ya redactado y enviado a la aprobación del gobernador de la provincia, el oportuno Reglamento, con arreglo a las prescripciones legales.

El domingo último se recibió en Ve-

guellina, devuelto y aprobado por el gobernador, el referido Reglamento, y para conocer su aprobación y cambiar impresiones sobre el modo de constituirse la entidad, se reunieron en el café del pueblo, a las doce de la mañana, varios de los elementos interesados, en número de veinticuatro.

La reunión, como se ve, a esa hora, y en sitio tan público, no podía tener nada de clandestinidad. Al contrario.

Sin embargo, a la celosa Guardia civil local debió de parecerle terriblemente revolucionaria, por cuanto procedió violentamente a la detención de los reunidos, conduciéndoles a Astorga, en cuya cárcel ingresaron.

En la cárcel astorgana tuvieron que pasar la primer noche en el patio, a la intemperie—y con una temperatura bajo cero—, y han estado después largo tiempo incomunicados, como si se tratara de feroces delincuentes.

El juez, señor Vázquez Tamaines, les ha sometido a rigurosos y escrupulosísimos interrogatorios, cuya lentitud resulta desesperante.

Y así continúa.»

Señor ministro de Gracia y Justicia, ¿sabe algo de esto V. E.?

¿No sabe nada tampoco el marqués de Alhucemas, tan destacado leonés y más destacado liberal?

El Sol



"Sol", en Cáncer.

MALABARISMOS

**La Presidencia de la Junta de Abastos, el real
del Quintal métrico y el policía Fenoll**

por J. RUVILLA

Durante los años dictatoriales que desde septiembre del 23 venimos soportando, ha sido España un bonito campo de experimentación para todos aquellos que, aficionados por temperamento a las grandes operaciones mercantiles, no habían encontrado hasta entonces ocasión de llevarlas a la práctica.

Los negocios, cuyo volumen traspasaba los límites de lo normal—Telefónica, Ferrocarril Ontaneda, etcétera—, se mostraron a los ojos de la gente—por la misma fuerza de su magnitud—con toda impudicia, sin cendales de ninguna clase. Otros, que pretendían ocultarse con timidez, no lograron conseguirlo. Su carácter de continuidad—de opulenta continuidad—lo vedaba. Tal el llamado Patronato Nacional del Turismo, donde quizá para que el título resultase apropiado habría que cambiar una sola letra.

Pero hay algunos que por su especial carácter creían haberse diluido en el anonimato. Sin embargo, es beneficioso para el país conocer las ingeniosas combinaciones que en su provecho hicieron todos aquellos cuya preocupación constante durante su permanencia en el Poder fué—según frase de nota oficiosa—lograr la feli-

cidad moral y material de los administrados.

Expongamos uno cualquiera. Uno que interesa extraordinariamente a las clases laboriosas por estar basado en un artículo de primera necesidad: en el pan.

Según decreto promulgado con fecha 3 septiembre 1928 (art. 24), se dispone que de los derechos arancelarios «se aparten 25 céntimos de peseta por quintal métrico para los gastos de inspección y vigilancia de los trigos importados y de su mezcla con los nacionales, debiendo ponerse las cantidades recaudadas a la disposición del presidente de la Junta Central de Abastos».

A raíz de este decreto, comienza la importación a España de trigo exótico. Y comienzan también a cumplirse las disposiciones vigentes. Por lo menos en parte. Es decir, se apartan escrupulosamente los 25 céntimos de peseta de cada quintal de trigo que pasa por las Aduanas. Los quintales métricos se suceden unos a otros, sin interrupción. Y los céntimos crecen. Se hacen pesetas y duros y grandes billetes de los que adornan las repletas carteras de burgueses satisfechos. La importación adquiere un volumen

considerable. Llega a 750.000 toneladas. El modesto real que se fue apartando compone ya una suma respetable: 1.750.000 pesetas. Y esta suma queda a disposición del presidente de la Junta Central de Abastos y director de Comercio, señor Bahamonde.

Hasta ese momento todo transcurre llanamente, sin tropiezos. Pero un día, la Asociación General de Agricultores de España eleva una instancia al Gobierno. Es a mediados de enero del presente año. Y usando de un indiscutible derecho pregunta comedidamente: «¿Qué se ha hecho de esos millones de pesetas? ¿Se conoce su inversión? ¿Ha intervenido el Tribunal de Cuentas en el examen de la justificación de esos fondos, si es que se han invertido?» Hasta la fecha nadie le responde.

* * *

Ahora, lector, vas a permitirme una pequeña digresión. Justificada, además, porque a fin de cuentas hemos de sacar de ella consecuencias que enlazar con las manifestaciones anteriores.

En la misma época en que sucedía lo expuesto existía en la Dirección de Seguridad un policía. El nombrado Fenoll. Su nombre y su retrato se estampaban frecuentemente en la Prensa. Sus servicios eran calurosamente aplaudidos por los gobernantes y las recompensas se amontonaban sobre él, con generosidad. Este hombre dedicaba sus afanes a perseguir a otros hombres. A los que ponían todo su esfuerzo y toda su inteligencia al servicio de una causa noble, a los que pretendían reencauzar a España en la legalidad y depurar esa legalidad, para que no fuese—como en épocas pretéritas—una ficción. Muchas gentes honradas dejaron en la cárcel jirones de su vida gracias al celo del activo policía. Bastantes complots—unos existentes, fantásticos otros—fueron descubiertos por él. Pues bien. Demostradas las excelentes cualidades de tal funcionario, se me ocurre una inocente pregunta. ¿Por qué el esclarecido detective no se dió unas vueltas por la presidencia de la Junta Central de Abastos, para descubrir—y detener—a los organizadores del complot contra esos infelices 25 céntimos de peseta que se apartaban de cada quintal métrico? Es posible que el país le hubiera quedado más agradecido con ese descubrimiento que con el de los sucesos de Vera. Y el real que engordó monstruosamente, hasta convertirse en millones, estaría en situación más airada. Porque hoy podríamos llamarle, adoptando una denominación que no hace mucho se hizo célebre, «el real desaparecido».

AL REGRESO DE LA CÁRCEL

Un rato de charla en la casa de D. Niceto Alcalá Zamora

por JOAQUÍN SOTO BANERA

La ferviente adhesión, el imponente homenaje al gran repúblico.—Anécdota del entusiasmo popular.—El Fiscal, que no encuentra materia punible.—El conspirador número catorce.—El general Berenguer indica que debiera condenarse a los procesados.—Una solución genial y muy de Cierva, del actual ministro de Fomento.—Otro general que quiere intervenir en el Consejo.—Ardanaz aplaude a Alcalá Zamora.—Otras anécdotas.—Y dice Alcalá Zamora: “El proceso sólo ha sido un accidente. Seguimos nuestro camino”.—Las próximas elecciones.—Priego, republicana.

Todo júbilo, bullicio, es esta tarde la casa del insigne repúblico don Niceto Alcalá Zamora. Este acaba de retornar a su hogar tras de los ciento y pico de días que le ha costado el célebre manifiesto republicano y su valentía de confesar la paternidad del documento. Y al lindo hotelito del paseo de Martínez Campos, que por cierto no da sensación alguna de comunismo, acuden infinidad de amigos y admiradores del ilustre político. Aquello era un jubileo. Constantemente entran en la casa personas que acuden a estrechar la mano del eximio excarcelado para expresarle su homenaje, su fervorosa adhesión.

Don Niceto, sonriente, emocionado, atiende a todos. Para cada uno de los que llegan tiene una frase cariñosa; para la tertulia, una charla amena y fecunda en ideas. Animosos. Bromea mucho. Está contento. «Satisfechísimo—nos dice—no sólo por lo que las manifestaciones de esta tarde suponen de homenaje a nosotros, sino por ver él cómo ha reaccionado el Pueblo.»

—Esto va muy bien—sigue—. Muy bien.

Un redactor de la «Associated Press» le pide unas declaraciones para su Agencia, una de las más importantes de América—centro de periódicos—, y don Niceto le indica:

—Diga usted simplemente que el proceso no era para nosotros, cualquiera que fuese su resultado, más que un pequeño incidente. Nosotros seguíamos, seguimos y seguiremos nuestro camino.

—¿Desde mañana, a trabajar otra vez, no?

—En todo—confirma don Niceto.

Entra un grupo de amigos. Es medio vecindario de Priego que ha venido a saludar a su ilustre paisano, con su alcalde a la cabeza. Abrazos efusivos.

Ahora es al ilustre abogado señor Sánchez Román, al que saluda efusivamente don Niceto:

—Querido Felipe, un abrazo. El conspirador número catorce. Porque indudablemente se refería a usted el Fiscal cuando hablaba de los catorce conspiradores, mirándole fijamente.

Por cierto—sigue—que nos tocó un gran Fiscal. Yo me quedé asombrado cuando, a duras penas, le oí decir: «El caso es que estos hombres son unos hombres buenos. Y realmente yo aquí no veo materia justiciable, pero hay que acusar.» O bien: «Yo no reconozco atenuante alguna; pero, en fin, si se quieren reconocer, por mí no hay inconveniente.» O cuando hablaba confundiendo, haciendo de todo ello un conglomerado, del marxismo, comunismo, sindicalismo. También me quedé asombrado al ver que el general Ardanaz me aplaudía cuando hablé. Ya sabéis que le recusamos por haber sido ministro con la Dictadura. Pues, nada, el hombre aplaudía entusiasmado. Algún procesado decía entonces: «A lo mejor nos hemos perdido un voto en favor nuestro.»

Ahora es otro contertulio, el que cuenta una anécdota del Consejo de Guerra: la del procesado Casares Quiroga, al que la Guardia civil no quería dejar entrar en la sala; se empeñaba en echarle a la calle.

Reimos todos.

Luego don Niceto le dice a Ricardo Burguete. A su padre tenemos que guardarle gratitud todos los procesados. No solamente por la sentencia y

su voto en favor de la absolución, sino por la corrección que guardó para todos nosotros, defensores y defendidos, durante el debate.

—¿Pues sabe usted lo que decía Berenguer?—contestó alguien—. Que por consideración a él, debía condenarse a ustedes. La contestación fue que no tenían por qué guardarle esas consideraciones. Y hubo también otro general que se dedicó a visitar a sus compañeros de Madrid, incluso fue al Ministerio del Ejército, con la pretensión de acudir al Palacio de Justicia y disolver, por la fuerza, el Consejo de guerra. Entendía que en éste se guardaban demasiadas consideraciones. Claro que nadie le hizo caso y hubo de volverse a su casa mohino, cabizbajo.

—¡Ah! Pues La Cierva no se quedaba muy atrás en tan buenas intenciones hacia nosotros—comenta don Niceto—. No propuso más que mandarnos a todos a Ibiza. A lo que Romanones, con mucha sorna, le replicó: «Pero, ¿por qué puerto?» Y a usted, querido Burguete, me parece que también le querían echar mano, empapelarlo. Se ve claramente la intención en esa serie de expedientes que le han formado. Indudablemente, para recusar a su padre y también por dar satisfacción a cierto personaje.

Continuando la charla, don Niceto cuenta, con su gracejo peculiar, anécdotas de su salida de la cárcel.



Escena que les gustaría resucitar a nuestros cavernícolas

Ayuntamiento de Madrid

Me encontré de pronto, apenas salí del rastrillo, entre un numeroso grupo de personas que pugnaban por abrazarme. Me estrujaban, me llevaban de un lado para otro. Dos hombres me cogieron de las piernas y me llevaron en volandas. Por cierto que uno de ellos era muchísimo más alto que el otro y, claro, yo iba ladeado, a tumbos; que me temía dar con mi cuerpo en tierra. Así llegué hasta un taxi, en el que he tenido que venir. Por cierto que el chófer no ha querido cobrarme el servicio, ni bien ni mal. Decía que tenía bastante con la honra de haberme traído él. Se llama este hombre Daniel Lafuente y conduce el coche número M. 23.485. Allí había

otros cuatro taxis preparados para conducirnos y que se disputaban el llevarnos a nuestra casa. Uno de ellos siguió hasta aquí al mío. Venía completamente vacío y con la bandera bajada. El chófer no hacía más que dar vivas de todas clases. Con los demás compañeros de prisión el entusiasmo ha sido idéntico. Vi cómo un hombre viejo se abrazaba a Largo Caballero y le daba infinidad de besos. Fernando de los Ríos iba en medio de otro numeroso grupo de personas. A Alvaro de Albornoz le perdí de vista. Nada, ni despedirnos hemos podido. Mañana hemos de reunirnos para cambiar impresiones.

Se habla de elecciones y don Ni-

ceto afirma que el triunfo republicano será rotundo.

El actual alcalde de Priego nos asegura que aquella simpática villa es totalmente republicana.

Le llaman a don Niceto a conferencia telefónica desde Granada.

Comenta:

—A este hombre le ha costado un dineral nuestra prisión. Ni un solo día ha dejado de llamar para preguntar por nosotros.

Salud y nosotros nos despedimos.

Salud y... lo demás—decimos a todos.

Salud y... lo demás pronto—me contestan.

AL MARGEN ¡Si yo fuera "gobierno"!

por F. B.

Hay un modo infalible de averiguar la filiación política de los españoles, único capaz de fijar con exactitud la ideología social de tan extraño ser, con el que podría formarse el censo ciudadano con tanta seguridad como el electoral o el civil; dato seguro para la formación de la ficha cívica de cada uno, que nos permitiría conocer la clase de individuo con que tratamos, lo mismo que para evitar la confusión entre un hotentote y un legionario de Albiñana (perdonen los hotentotes lo molesto de la comparación) basta ensuciarse los dedos con tinta y ensuciar luego con ellos un papelito; documento de identidad política, más útil que la cédula, que en la mayoría de los casos es tan imposible intentar identificar nuestra personalidad con ella como lo sería hacerlo con un número de «El Debate»...

Consiste en procurar averiguar lo que haría cada ciudadano en caso de gobernar. Pero no preguntándolo de buenas a primeras, sino aguardando pacientemente a que él lo diga; casi siempre, si tenemos fuerza de voluntad suficiente para no asesinarlo, y no le fastidiamos con preguntas que él considerará de seguro molestas, como preguntarle si al nacer tenía rabo y sus señores papás se lo cortaron, etcétera, al rato de una conversación surge espontáneamente la frase: ¡Si yo fuera «gobierno»!, en forma indignada; ya es el tío bilioso que al ver a una pareja darse el filete en un callejón dice: ¡Si yo fuera «gobierno» no consentiría estos espectáculos, los metía en la cárcel!; ya el pobre señor, preñado de burguesía, que porque a causa de su torpeza está a punto de atro-

pellarle un automóvil exclama: ¡Si yo fuera «gobierno» no dejaba uno, los quemaba todos! Sería interesante un reportaje sobre el asunto...

Recuerdo que de chico tenía yo un profesor que siempre estaba diciendo lo que haría él si fuera «gobierno»; atrocidades, por supuesto. Y recuerdo que a la sola idea de que lo llegara a ser temblaba yo; estoy seguro de que si le hubiesen nombrado ministro le habría asesinado, creyendo hacer un bien al país.

La mayoría de los españoles no distinguen entre lo individual y lo social; gobernar es para ellos dictar caprichos desde un sitio determinado, algo así como trepar por una cucaña,

COMEDORES DE CARIDAD MONTERO

Como en años anteriores, el día 1.º de abril quedan clausurados estos Comedores.

Don Gabriel Montero da las más expresivas gracias a sus amigos y clientes por la ayuda que le han prestado en su modesta obra de socorrer a los menesterosos, y les advierte que los vales sobrantes quedarán nulos y sin valor alguno en la fecha indicada, por lo que deberán utilizarlos en los días que restan del mes.

al llegar a lo alto de la cual, no importa por qué medios, todo está permitido. Yo creo que si los porteros de los Ministerios se proclamasen ministros un día, nadie les negaría el derecho a serlo, por el hecho de ocupar el edificio... A los revolucionarios españoles, tan modositos y sentimentales, les recomiendo un medio incruento y seguro de triunfar: ocupen las poltronas ministeriales de noche, por sorpresa, y al otro día los ciudadanos exclamarán regocijados que «el que se fué a Sevilla perdió su silla»...

De esta clase de gentes se forman los gobernantes, y ello explica esas cosas tan raras que hacen y no logramos explicarnos; hoy, un gobernador persigue de una forma increíble a los chinitos de los collares; mañana, otro nos quiere hacer comer potaje a la fuerza. Recuerdo un amigo mío que tenía una tirria tremenda a los andaluces, porque un malagueño le había birlado la novia; estoy seguro de que si le nombran ministro de la Gobernación manda incendiar Málaga.

Los españoles tenemos motivos para pasarnos la vida temblando; porque si hasta ahora han gobernado la Iglesia, el Ejército, etc., y los males han sido obligarnos a saludar banderas y procesiones, a lo que ya están casi todos los españoles acostumbrados, ¿qué será el día que gobierne un torero y ponga de libro de texto en las escuelas la historia de Lagartijo? ¿Y cuando un futbolista divida a los españoles, de la Presidencia del Consejo, en porteros, delanteros, etc.? ¿Y si gobierna Albiñana y nos viste de segundas tipes, con camisitas azules y escuditos, tan monos?

ANTE LA CRISIS

por **ANDRÉS PELÁEZ CUETO**

Cuando se piensa sobre las causas del presente malestar universal, las buenas gentes de la mayoría, las gentes de orden, las almas sencillas—esas almas sencillas en quienes el egoísmo ingénito se trasmuta en habilidad para vivir y que se desprenden de toda preocupación por el prójimo mediante algunas perras gordas para los pobres—suelen culpar a la guerra última y pretenden radicar en aquel lamentable acontecimiento el origen de todos los daños y duelos que nos aquejan.

Sin embargo, la guerra no sólo no debe haber producido el desequilibrio financiero que ahora se hace patente, sino tal vez ha contribuido a retrasar algunos años su aparición. Sin la guerra, esta crisis, hija del maquinismo—de un maquinismo desorbitado, que sólo ha transformado los métodos de producción, pero sin tocar el contexto social precedente creado por el artesonado, o sea la producción parva y lenta—, hubiese surgido antes todavía. Porque la guerra ha destruido mayores cantidades en equivalencia de riqueza que de productores. De hecho y para los efectos de la economía general, este último factor no cuenta casi por nada y constituye en cierto modo la nivelación del excedente de brazos que ya por el año catorce comenzaba a hacerse sensible.

Hay quien, como recientemente Guillermo Ferrero, culpa del fenómeno al encarecimiento del oro, a la excesiva expansión del crédito y a la consiguiente pesantez de los impuestos. Teorías ingeniosas, pero ingenuas y apropiadas para la satisfacción de las almas sencillas. Eso es tomar el efecto por la causa y disociar elementos correlativos de un mismo problema. La carestía del oro es principalmente el fruto de la inflación, es decir, de la extensión del crédito público y privado a límites que rebasan el punto ideal de concordancia o de encaje entre el metal y sus signos, entre la riqueza y su circulación; pero esta expansión excesiva no es sino la consecuencia de los afanes por colocar una producción superabundante facilitando a los individuos, por virtud del crédito, medios artificiales que contrarresten su natural limitación adquisitiva. Es decir, la causa aparente es la superproducción; pero la causa profunda es la deficiencia del consumidor, la carencia de un mercado natural proporcionado a la producción sobreestimulada por las conquistas mecánicas y científicas. Progreso de la ciencia y estancamiento de la sociología.

A pesar del trastorno y rotura del viejo ritmo y del antiguo orden de distribución de las fortunas, a pesar del despiazamiento de capitales entre personas, naciones y continentes—único efecto, aparte el destructivo, de la guerra en el orden material—hay una evidencia presente que no puede ser negada por nadie: de una parte, los «stocks» de mercaderías y productos, desvalorizados no sólo por el alza del oro—más propiamente por la pérdida de valor de las monedas nominales—, sino, esencialmente, por la falta de mercado que los solicite y consuma; de la otra, los millones de hambrientos parados, los rebaños de miserables sin trabajo, carentes de todo medio adquisitivo propio.

Lo que hay, pues, como ya comienza a reconocerse y proclamarse, es una crisis de distribución y de justicia; un impedimento invisible, pero poderoso, que obstruye la aplicación de los sobrantes de lo producido entre los menesterosos que lo necesitan. En suma, la crisis del sistema capitalista en que nuestra civilización ha pretendido fundamentarse: consecuencia de haber puesto en marcha un tren excesivamente pesado con motores ideales sobradamente ligeros; el fruto de haber cimentado un sistema social, que debiera ser verdadero, sobre ideas irremediabilmente falsas como, por ejemplo, la de que los factores activos de la producción son dos: capital y trabajo, cuando sólo es uno: el trabajo. Trabajo actuante y trabajo acumulado. Y que éste, el capital, es el fin de la producción, cuando solamente es uno de sus medios.

Es ocioso hablar de superproducción. La sola enunciación de la idea es un absurdo, porque no puede producirse nunca más de lo que corresponde al número y capacidad de los productores. De lo que puede hablarse es de esa casta de almas sencillas que ha corrido ávidamente tras el capital como medio de librarse del trabajo; que para ello han tenido que sustraer a la circulación y al servicio común grandes cantidades de riqueza, creando de paso—mediante la restricción de los salarios al mínimo posible—el ejército de los no-consumidores. No sólo el de los parados, sino el de los millones y millones de trabajadores, manuales e intelectuales, que han de vivir con privaciones más o menos considerables toda su vida. He ahí el producto de ese ahorro colectivo y forzoso: los superstocks, que no se piensa en distribuir entre los pobres, sino en incinerar. (A cualquiera de los doctores en finanzas a quienes se en-

carga hoy el reajuste de la economía de un país postrado en crisis, lo primero que se le ocurre es mandar quemar los remanentes invendidos y desvalorizados de las cosechas para reanimar los precios. Por ninguna parte ha surgido aún el arbitrista ingenioso que soñase en poner esos sobrantes depreciados al servicio de los hambrientos de todas partes. Ello es un signo harto significativo del arraigo que en nuestra civilización ha logrado el sentimiento de la caridad.)

Pero el problema es cada vez más apremiante y el capitalismo debería prestarle mayor atención. Es inútil ya pretender escaparse por la puerta falsa del clásico «¡allá cuidados!». Es inútil también pretender acallar los gritos de los miserables reforzando el armamento de los guardias. Hay en el mundo una idea nueva, todavía no bien visible, pero que, cual las estrellas lejanas y poderosas, comienza a ser percibida por su luz para los que tienen ojos y voluntad de ver. Es ésta: la solidaridad humana no puede ser eludida. No se trata de una frase de retórica de mitin, sino de una inexorable realidad. La solidaridad humana se llama socialismo, comunismo, caridad, justicia. La solidaridad humana exige que desaparezcan los parados, los hambrientos, aunque para ello sea preciso que se elimine también a los rentistas y a los holgazanes que se nutren abundantemente de la comunidad.

La Prensa francesa, sobre todo la Prensa reaccionaria de París, vive bajo la obsesión del peligro comunista. Todos los días consagra espacios considerables a calumniar el régimen ruso y a fantasear sobre sus peligros para el resto del mundo. Igual ocurre en España. Es posible que ese régimen sea muy malo, pero el hambre no es mejor. Habrá, acaso, exceso de materialismo y de rudeza en esas formas nuevas—porque nacen de la necesidad material y de la opresión sedienta de vindicaciones—, pero lo que hace falta no es amputarles el estómago, sino dotarlas de corazón y de espíritu. Procurar anticiparse a la justicia que sus violencias piden; echar a andar al encuentro de la oleada que avanza, con el ánimo sereno; estudiar con amor las ideas nuevas que vienen a tomar plaza en una sociedad agonizante. Dotar a ese duro sistema de la nueva economía de anhelos espirituales y de alientos de serenidad. No crispar los puños, sino abrir los brazos.

No es combatir el comunismo lo que debe hacerse ya. Lo que hay que hacer es estudiarle.

OBRERISMO

Dos tácticas en pugna

por ISIDORO ACEVEDO

Señalaba en el segundo artículo que dediqué a la huelga de los gráficos madrileños el fracaso de la política obrera colaboracionista, política que tiene su expresión definitiva en la organización corporativa, cuyo instrumento de acción más genuino es el Comité paritario; pero como la necesidad de sintetizar me obligó a tratar este punto con el laconismo que requería la índole de aquel trabajo, voy a extenderme hoy en consideraciones de carácter general, relacionándolas con la significación teórica y el aspecto práctico del tema. Antes, sin embargo, he de hacer constar que a los elementos que hoy dirigen el movimiento de los gráficos no les alcanza ninguna responsabilidad en el fracaso de dicha política, pues ellos no tuvieron más remedio que moverse en el camino abierto por sus antecesores. La omisión de esta advertencia en el trabajo anterior obligaba a subsanarla en el presente por si la huelga gráfica hubiese despertado interés—y es lógico suponer que sí—fuera del círculo en que se desarrolla. En la zona afectada por la lucha no se ignoran estas cosas.

En todo el mundo se manifiestan hoy dos tácticas obreras perfectamente definidas, tanto en la acción política como en la sindical. Concretémoslos ahora, porque así conviene a nuestro objetivo, a esta última. De un lado vemos organizaciones obreras, influenciadas por la socialdemocracia, que colaboran con los patronos en los Comités paritarios y demás organismos creados para matar el espíritu de lucha de clases e impedir las huelgas. Los patronos inteligentes, los de mentalidad moderna, apoyan esta política colaboracionista porque con ella forjan un instrumento de atracción hacia su campo y facilitan la formación de fuerzas de reserva propicias a apuntalar el régimen capitalista desde las esferas gubernamentales; los patronos no inteligentes, los que todavía se dejan arrastrar por instintos feudales, se oponen ciegamente a esta política colaboracionista: ellos mandan en su casa, y todo lo que no sea supeditación absoluta a este modo de entender el derecho de propiedad es nefando. En su feudal locura llegan algunos—y la huelga gráfica ofrece más de un ejemplo—a desafiar su propia ruina. Vemos de un lado, repetimos, organizaciones obreras que practican el colaboracionismo. Vemos de otro organizaciones obreras que permanecen fieles al espíritu de lucha de cla-

ses, que no sólo consideran esta lucha como un hecho resultante de la actual constitución económica de la sociedad, sino que además concuerdan con él su acción, porque «la acción—ya lo hemos dicho otra vez al examinar este tema—es táctica, como la concepción de los hechos es doctrina, y será de lucha de clases si el proletariado no establece contactos con la burguesía, y colaboracionista si entre las dos clases, burguesía y proletariado, se procuran sistemáticamente soluciones que armonicen los intereses de ambas, antagónicos por su propia naturaleza».

¿Cuál de estas dos tácticas—colaboracionismo y lucha de clases—deben seguir los obreros? ¿Cuál de ellas defiende mejor sus intereses inmediatos y los pone en ruta segura para alcanzar su emancipación total? En

El escritor público debe dejar a un lado toda consideración y no obedecer más que a la voz de su conciencia. Si no se siente fuerte para luchar, debe romper su pluma antes que escribir una sola palabra contra sus convicciones.

—Revolución y pasado se excluyen.—

PI Y MARGALL.

estos términos debe plantearse cada uno de ellos este problema, verdaderamente fundamental para su vida como explotado y como ente de razón que no se resigna a ser conducido inconscientemente por los demás, sino que quiere intervenir con personalidad propia, con pensamiento propio, en la vida colectiva, en la corriente social.

La táctica colaboracionista es una desviación de la lucha revolucionaria, un apartamiento de la línea teórica trazada por los grandes maestros del socialismo, entre ellos, y como más destacado y de visión más certera, Carlos Marx. La historia de la Humanidad—este maestro insigne lo ha dicho—no es otra cosa, en el fondo, que una eterna lucha de clases. Vence en cada período la más fuerte, la que llega a reunir condiciones de superioridad sobre su contraria. Cuando estuvo en posesión de estas condiciones venció la burguesía a la clase feudal; cuando las posea la clase trabajadora vencerá a la burguesía. Y en este período histórico estamos. Por eso los

trabajadores deben poner mucho cuidado en no dejarse arrastrar por las desviaciones. Le va en ello, no sólo el interés de su mejoramiento inmediato, sino también el acercamiento de su liberación como clase dominada.

La táctica de lucha de clases, sobre ser la verdaderamente científica porque tiene su raíz en la Historia y su expresión teórica en los postulados de los maestros del socialismo, objetivamente, prácticamente, es la que más conviene y la que deben seguir, por tanto, los Sindicatos obreros. A la vista está: aun tratándose de patronos de los que no combaten abiertamente, cerrilmente, la táctica colaboracionista; aun tratándose de patronos de los que alternan cordalmente con los obreros en los organismos de colaboración de clases, la realidad nos demuestra que cuando se trata de asuntos importantes que pueden mermar sus beneficios o alterar las condiciones de trabajo existentes, apelan a multitud de ardides para aplazar la solución de los mismos. Acuden, sí, solícitos y presurosos a resolver un conflicto aislado, individual, y aun fuerzan alguna vez la solución en favor del obrero para dar la sensación de que los citados organismos favorecen a los trabajadores; pero cuando surgen conflictos grandes, conflictos que interesan a toda una colectividad obrera, o abandonan esos organismos o ponen en juego la fertilidad de su ingenio para aplazarlos o detenerlos. Y mientras, la organización obrera permanece inactiva, estática; amarrada al procedimiento, pierde lastimosamente el tiempo que ganan los patronos para tenerla sujeta a sus conveniencias. El caso de los gráficos madrileños es bien elocuente y demostrativo a este respecto. Y como este caso, muchos más han ocurrido y están ocurriendo en diversos oficios y organizaciones obreras.

Hora es ya de que los trabajadores recapaciten y no se dejen seducir por espejismos engañosos. De las dos tácticas en pugna, una—la colaboracionista—los adormece y los unce al carro del capitalismo; otra—la de lucha de clases—los mantiene firmes, ágiles y en disposición de movilizarse contra sus enemigos cuando las circunstancias les ofrecen probabilidades de triunfo. Basta ya de trabas y de organismos inútiles y contraproducentes. Si perdiendo se aprende, la experiencia les habrá demostrado que no defendiendo bien sus intereses la táctica de colaboración de clases.

¡¡¡ALERTA!!!

por FRANCISCO BALERIOLA

El desastre de Annual costó a España 13.300 muertos, 7.375 heridos y 1.500 prisioneros.

Los responsables de aquéllo, no sólo no han sido castigados, ni siquiera se les ha puesto en condiciones de no volver a provocarlo.

Desde hace mucho tiempo, el Ejército es en España la suprema fuerza; con él ha habido que contar siempre, en primer término, para todos los cambios políticos; él ha tirado y levantado coronas a su antojo; en sus brazos se arrojaron el Monarquismo absoluto y la Iglesia despótica, formado un trío trágico para el país...

Siempre que el pueblo ha intentado hacer acto de presencia, un general ha derivado el movimiento popular por otro cauce. La última parte de la Historia de España es una sucesión de generales perjuros, de falsos

En todos los países, en todas las épocas, los grandes han perseguido implacablemente a los amigos del pueblo, y si, no sé por qué combinación de la fortuna, se ha elevado alguno en su seno, a ese sobre todo es al que han herido, ansiosos de inspirar terror con la elección de la víctima.—MIRABEAU.

héroes que han defraudado la esperanza del pueblo, negociando al mejor postor su traición.

Los militares derribaron la República burguesa y restauraron, imponiéndola, la Monarquía; para halagar al Ejército y premiarle, la Monarquía y la Iglesia han arruinado al país en Indias, en Flandes, en Cuba, en África... Para satisfacer la ambición de militares ineptos, el Régimen ha sacrificado a la juventud española, forzándola a empresas estériles, inútiles... ¿Cuánta sangre inocente ha costado cada entorchado?

España está tan capacitada para civilizar a los moros, como los moros lo están para civilizarnos a nosotros. Así, cuando las conveniencias de otros países nos largaron semejante hueso, el Régimen lo aprovechó para recompensar con él la fidelidad militar y descongestionar la política de su intervención, distrayendo de paso la mirada del país del plano social y debilitando sus energías como pueblo... Los campos se quedaron sin labrar, las Universidades se cerraron, las fábricas se quedaron desiertas para que lo más fuerte y sano de la juventud española muriera cobardemente, prefiriendo la posibilidad de volver inútil a la seguridad de ser fu-

silados... El campesino salvaje que sentía despertarse el instinto homicida y ponía el fanatismo de Jehová contra el de Mahoma en la lucha; el muchacho culto que contra su conciencia se convertía, bajo el imperio del instinto de conservación, en asesino, eran los embajadores de la cultura española; entramos en África marcando el paso, con armas de juguete, y nos pusimos a luchar con un pueblo feroz, que defendía su libertad con armas que nuestros mismos compatriotas les proporcionaban...

La monstruosa injusticia que hace de la guerra un oficio en que los jefes lo son por su gusto y los soldados a la fuerza, hacía posible que se comerciara con la sangre de éstos... ¡No eran los que iban a morir, privados de voto hasta después de haber cumplido el servicio militar, los que decidían la guerra; no lo eran tampoco sus madres, sus hermanas, sus novias; eran los traficantes de ascensos y los contrabandistas de levitas los que los llevaban al matadero!

Y cuando el derrumbamiento despertó al pueblo, un general, Primo de Rivera, quebró, como otras veces, la trayectoria popular e impidió que se depurasen las responsabilidades, ¡que tanto habrían descubierto! Y contra la parodia de Constitución que un pronunciamiento impuso al pueblo, juzgó y amnistió ilegalmente. Marruecos se pacificó (yo, y muchos, nunca creímos en tal pacificación; no ha faltado quien dijera que si en Marruecos no se peleaba era porque resultaba menos peligroso para los jefes militares politiquear).

La Dictadura primorriverista consiguió lo que parecía imposible: que en España hubiera juventud. Libres del desangrado marroquí, en la Universidad, en la fábrica, en el campo, el joven hispano aprendió a ser rebelde; se le educó, se educó él solo contra todos, mejor dicho, en la idea de que había que conquistar la libertad. Y Primo de Rivera, cayó; y cayó Berenguer, el general sangriento, que ha reverdecido sus rojos laureles

M. AGUILAR, EDITOR

**MARQUÉS DE URQUIJO, 39
Apartado 8.011.—MADRID**

Envía gratis su publicación mensual

"LEAMOS"

a las personas que la soliciten

africanos con la sangre de su «amigo» de Jaca, Galán; y ahora que la revolución va tomando cuerpo, surge el peligro moro, se habla de contrabandos, se rumorean infidelidades, se mata a moros en las ciudades... ¡Así se empieza!

Si surgiera en África una guerra, la revolución quedaría frustrada. Se haría cuestión primaria vencer a los moros; el pueblo, deslumbrado por la charanga patriótica, iría de nuevo al matadero...

Yo no digo que la resurrección del problema africano sea una maniobra del Régimen para desviar la atención nacional del panorama social, una sangría a las energías del pueblo, una concesión al militarismo que no puede mangonear tan a su gusto en la política, una ofensiva contra la revolución; pero éstas serían sus consecuencias. Y estimo, además, con Ortega y Gasset, que no es lo justo ordenar al pueblo que no piense mal...

Hay en España actualmente una fuerza solamente que puede hablar en nombre del país: la que representa-

Quando el obrero ha ahorrado una pequeña economía, cuando él tiene asegurado su mañana, discute su salario, se defiende; pero cuando el hambre está en su casa, él no se defiende; se entrega.—

JEAN JAURES.

mos los que tenemos veinte, veintidós, veinticinco, treinta años; obreros, campesinos, abogados, jueces, médicos, escritores, artistas, que sabemos que la única solución posible es la que defienda los intereses del trabajador; que sólo en una política proletaria como base económica encontraremos las garantías de libertad que necesitamos; que sólo poniéndonos a la cabeza de los trabajadores, dirigiéndolos, perfeccionándolos, podemos evitar que nos arrollen o sean vencidos...

Y esta juventud que empieza a vivir, que ama, que encuentra bella la vida, está en peligro de ser sacrificada.

No olvidemos que en España, el país no tiene voz casi nunca; que el joven que va a la guerra, no tiene voto; que el servicio militar, es obligatorio; que la prohibición de criticar al Ejército, fomenta su peligrosidad.

¡Jóvenes españoles: yo, el más modesto de todos vosotros, desafiando leyes y penas, me creo obligado a daros este aviso!

¡Que sea para vosotros un clarín que convoque al combate; sabed que sólo un Gobierno formado por vosotros puede salvaros; pero, entretanto, exigid que se depuren responsa-

bilidades; abogad por la creación del voluntariado en el Ejército; pedid que se adelante la edad de votar a la del servicio militar...!

La empresa marroquí es dañosa para España. ¡Haced del abandonismo una bandera!

¡Que lo que no ha hecho el afán de justicia lo haga el miedo!

La mayoría de nosotros creemos al país incapacitado para proteger a los moros; somos partidarios de abandonar tal labor.

Más interesados que nosotros en el pleito, no hay nadie; nuestra voz es la de los que han de poner su vida en la aventura.

Levantada la suspensión de garantías, pidamos legalmente medidas que nos eviten el sobresalto de tener siempre la vida hipotecada; hagamos en la Prensa, en la tribuna, en la calle, la defensa del voluntariado militar, al menos... ¡Que se batan en Africa los legionarios de Albiñana y los fascistas de Ledesma Ramos!

Nos llamarán cobardes; ¿qué nos importa a nosotros, los estudiantes, que combatimos con ladrillos contra las balas de los guardias; los escritores, los abogados, los dibujantes, que

nos jugamos la libertad y la vida en un artículo, un dibujo, una defensa, una conspiración; los obreros, que lo arriesgamos todo al servicio de una huelga, la opinión de López de Haro y Maeztu?

No podemos pagar con la vida el error de nuestros antepasados. Cuando Rusia dispuso de sus destinos, no reconoció la deuda zarista y renunció a sus pretendidos derechos en China.

España ha vivido siempre abrumada por un ejército excesivo, que vivía vampirescamente a costa suya, chupando su sangre; y siempre ha sido su peor enemigo este servidor que tan caro pagaba. El Ejército ha actuado siempre de reventador de revoluciones, y cuando nos invadieron los franceses, el pueblo tuvo que defenderse solito.

En la actualidad, el Ejército español cuenta con tres capitanes generales, 47 tenientes generales, 143 generales de división, 476 ídem de brigada, 737 coroneles, 1.661 tenientes coroneles, 4.072 comandantes, 7.340 capitanes, 7.924 tenientes, 4.404 alféreces... Total, 26.807. En época de desarme universal y siendo un país prácticamente indefendible c o n t r a

agresiones improbables, ya que si en España se vulneran los derechos más elementales y volvemos al salvajismo, el ejército mayor del mundo no impediría que otro país nos civilizase, y si somos un pueblo civilizado, no necesitamos defensa alguna.

Mientras en España haya un ejército tan desproporcionado, contra la voluntad de todos, Marruecos seguirá siendo un peligro.

No creo delito decir que parte del Ejército está conforme con el abandono de Marruecos, dispuesto a sacrificarse, en una reducción lógica, en interés del país, hoy que el Ejército muestra su disconformidad en una forma tan rotunda como es la sublevación.

Pidamos la desmilitarización, reduciendo los cuadros de jefes; el servicio voluntario, el derecho de votar antes de entrar en filas, la concesión del voto a las mujeres, el abandono de Marruecos... Y si el Gobierno nos desoye, como nos desoír, habremos dado al país una prueba más de la imposibilidad de hacer la revolución sin sangre.

Y tendremos un estímulo más para hacerla como sea.



GANDHI, TRIUNFA DE JHON BULL, por Félix.

¡Pobres europeos! Van a tener que aprender a hacer el indio.

Comentarios a Eduardo Pondal

por JULIO SIGÜENZA

I

Aquella juventud romántica que a mediados del siglo XIX enfervorizó de emoción cívica las ciudades gallegas, acusa, como el más alto valor de su promoción literaria, el nombre austero y eufónico del autor de «Queixumes dos pinos».

Eduardo Pondal nace en Puentece-so (Coruña), el día 6 de febrero de 1835, y su adolescencia se asombra en el resplandor de la hoguera liberal que, en 1846, encendieron en Galicia los mártires que acaudilló el infortunado Solís. Los once años de Eduardo Pondal presencian, aterrados, el crimen que se consuma frente a la iglesia de San Esteban de Paleo, y en el que caen, para no levantarse jamás, los idealistas que quisieron que la espada de Galicia hiciera inclinar una sola vez la balanza en que se pesan los destinos de España...

Para toda la vida conserva el poeta aquel recuerdo trágico y aguijoneante que, pocos años después, le hace enrollarse en las filas de los vencidos, y ser un soldado más en el pelotón ilustre que no tolera en cómplice silencio el doble asesinato de la libertad y de la justicia. Por eso marcha en las letras gallegas, porta-estandarte, a la cabeza de los disconformes, de los visionarios, llevando la emoción cívica que se agita violentamente dentro de sí al campo del arte y de la ciudadanía, va que él fué el primero de su grupo juvenil que acertó a comprender que la misión esencial del poeta, la más alta y trascendente misión, es la de ser paladín de la libertad. Que no en balde los antiguos bardos bretones, raza de su raza, se intitulaban: *Los que son libres en el mundo entero*.

II

Realiza Eduardo Pondal con su libro ejemplar, la más alta aspiración de su vida, y cristaliza la más empeñosa ambición de la poesía gallega: el nacimiento de una lírica nacional, distinta y autóctona, cuya ideología aporta una carga de futuro de la que ya nunca podrá prescindir nuestra patria.

En «Queixumes dos pinos» no solamente se levanta el telón advirtiendo que la obra comienza, sino que se brinda al auditorio un prólogo admirable, capaz de incitar por sí solo los empeños ambiciosos de los poetas sucesivos.

Eduardo Pondal sabe que no alcanza un idioma para la formación de

una poesía nacional, y logra interpretar y recoger, racialmente, dentro de un molde espiritual propio, las inquietudes y ambiciones del vivir gallego y la especial psicología de sus ciudadanos y pobladores. Sabe que para el logro de una literatura nacional es imprescindible la coordinación de sufrimientos, ambiciones, presente, pasada y porvenir, y envuelve todo esto en una inspiración regeneradora que se fortalece, antes que nada, en el culto de la tradición y en el sentimiento de la nacionalidad. Por eso rompe a cantar con una voz consciente que ya trae asignado el propósito de levantar la patria de la postración en que se encuentra sumida. No aspira al aplauso de las multitudes, porque sabe de cierto que aquel aplauso «sólo es otorgado a los poetas cuando devuelven en su canto el eco de la gloria que ellas conquistan en la acción». Galicia no es entonces un país de acción. Es un alma atormentada de inquietudes, vencida y humillada, y envuelta en la modorra de un sueño letárgico y centenarío.

Sabiéndolo así, emprende el poeta la regeneración social y política de Galicia, y aunque su arte es excelente e implica la más pura representación del nuestro en su tiempo, vivirá más



Un magnífico desnudo salido del pincel de Máximo Juan, joven pintor valenciano, residente en París, que está llamando grandemente la atención en la Exposición de Los Independientes, que se celebra en el Gran Palacio de los Campos Eliseos. Máximo Juan, pintor-obrero, para quien la pintura no constituye un oficio prostituido, ha expuesto ya en anteriores años. Y cada año demuestra un mayor dominio de su arte.

Ayuntamiento de Madrid

por la grandeza del propósito que encierra su verso y por la autenticidad del pensamiento que propaga, que por la exquisitez formal de sus poemas.

En «Queixumes dos pinos» germina poderosa la solución futura del problema fundamental de la nacionalidad gallega, que el poeta sabe aunar a la fundación de una literatura emancipada de todo influjo extraño, vivificada por el aliento de la tierra, y acompañada de un verbo nuevo y poderoso capaz de aprisionar en su eco las aspiraciones fundamentales de una raza que se siente vencida y humillada, y que, en éxodo colectivo, abandona el patrio territorio a la rapacidad de los advenedizos.

Con Eduardo Pondal aparece, pues, el poeta de Galicia. En él se cumple el precepto emersoniano que dice: «El signo con que se conoce el poeta es este: anuncia lo que nadie ha predicho antes que él. El es el único sabio de verdad; él sabe y dice; él sólo enseña algo nuevo, pues es el único que está presente en las manifestaciones íntimas de las cosas que describe. Anuncia lo mismo las cosas que existen en toda necesidad, como las eventuales. No hablo aquí, pues, de los hombres que tienen talento poético o habilidad para componer rimas. Hablo del verdadero poeta.»

III

Precede en el tiempo Eduardo Pondal a un aterrador silencio de siglos que había desfigurado el carácter y la psicología de nuestra raza, y que propició el desvanecimiento colectivo de la conciencia nacional, de la unidad moral y la pérdida de todo sentimiento de gloria y de tradición.

El rigor del castigo, impuesto a nuestra tierra por los Reyes Católicos, había silenciado la voz de nuestros líricos, imponiendo un idioma extraño, imperfecto, recién creado por necesidades de guerra, e incapaz de aprisionar en sus balbuceos la esencia lírica, refinada y sutil de nuestros poetas romancescos. Allá va el idioma gallego a refugiarse en las montañas patrias, entre la gente ruda y trabajadora, mientras agoniza en las ciudades envuelto en la más desastrosa corrupción.

Rompe este silencio de siglos, tímidamente, durante el siglo XIX, una corte de poetas menores que ignoran el vaticinio. Donde hay sueño y germen en potencia, tal vez cansancio, contemplan estos poetas desolación y muerte. Nuestra lírica es bajo su fé-

rula un perpetuo lloro, y cada gallego, al través de aquellos versos, resulta un Jeremías inconsolable. A creer a tales poetas, Galicia es un largo «Muro de los lamentos», y carece de varones ya que todos lloran como mujeres.

De un pueblo irresignado, fuerte, de protesta sorda y callada, hicieron un pueblo de abúlicos y de almas muertas. No acertaron a sondear en el alma de la raza, y no supieron, por tanto, escuchar la voz de su protesta. De la protesta que hab'a en el propio idioma, vivo al través de persecuciones, y de la no menos elocuente de la emigración, constante y tenaz, que al alejarse de nuestras cabañas y de nuestros campos, afirma su disconformidad colectiva.

Tuvo que venir Eduardo Pondal, austero y vidente, para sacarnos de encima la ignominiosa piel de cordero con que nos vistieron. Galicia—dijo—, no está muerta. Es la única fuerza viva de Iberia, y de ella ha de venir la orientación para los altos destinos que aún están reservados a la raza. Que así como es cierto que los gallegos llevan en la frente la estrella vespertina, así es cierto, también, que han de ser los gallegos los guías del pueblo peninsular, porque no en balde es Galicia un pueblo pastor de pueblos.

Dió sobre nuestras posibilidades su manotazo, rudo y fuerte, caricia y golpe a la vez, y envía a todos los vientos su mensaje, envuelto en el imperio de su voz antigua:

Os tempos son chegados
dos bardos das edades,
i-as vosas vaguedades
comprido fin terán.

Por eso es la suya una soledad magnífica. Es la esperanza alzada en medio del pesimismo. Es, como él bien dijo, un pino alejado del viento. Parece arrojado del mar...

IV

No ha sido Galicia, si hemos de aceptar su historia, el pueblo elegiaco a que nos tienen acostumbrados sus poetas. Antes que un pueblo de elegías, la historia nos demuestra que es aquél un pueblo de acciones; de acciones bélicas, y en períodos sucesivos con verdaderos matices de imperalismo.

La historia de Galicia es en su esencial totalidad la reseña de una perpetua guerra. Guerras de invasión. Guerras feudales. Guerras por el mantenimiento de la soberanía nacional. Siempre guerras. Galicia es, pues, un pueblo forjado en la lucha, y ninguno de los poetas que la cantaron ha tenido alientos épicos.

De seguir Galicia su curso natural

en la evolución histórica, su suerte hubiera sido la misma de la nación portuguesa, y ninguna nación occidental más negada al quietismo que aquélla. Galicia y Portugal son dos mitades de un todo que el destino se ha complacido en separar.

Literariamente, tuvo Galicia menos suerte que Portugal. Los escritores y poeta de aquella nación fueron siempre de acuerdo con su raza. Los nuestros no han ido nunca hasta la segunda mitad del siglo XIX. Una literatura y una poesía de égloga, tan feliz como conformista y arbitraria, ha silenciado a perpetuidad las altas hazañas de nuestros hombres y los cruentos dolores de su humillación. Nada importaron para nuestros poetas los acontecimientos políticos de nuestra patria, y emplearon su voz para cantar rebaños que nunca existieron, olvidando, en tanto, los milagros de la fe, las hazañas de la guerra, y, modernamente, la transformación vital que rápidamente se fué operando en la vida de la colectividad.

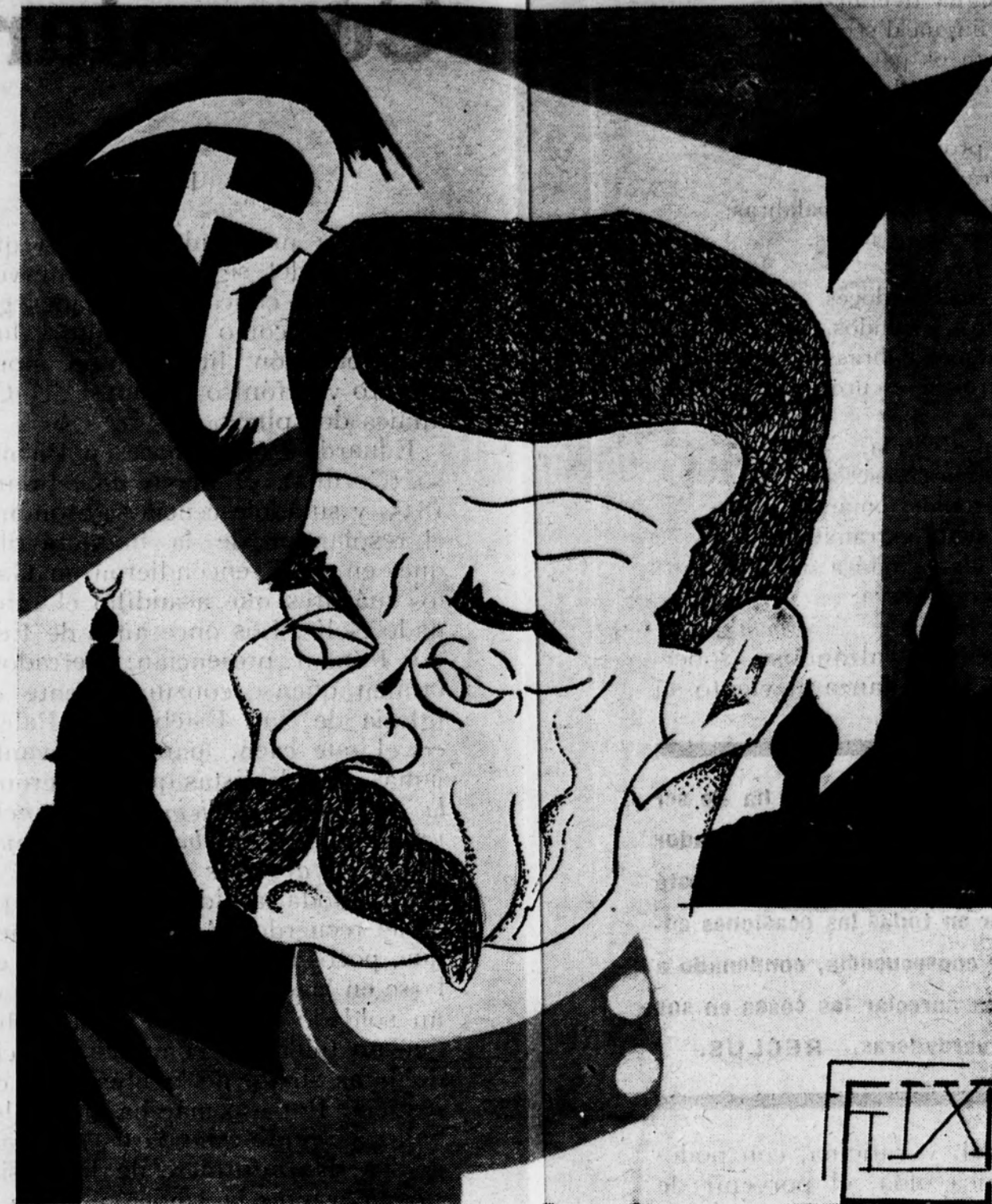
Aún se ignora nuestra gesta de la independencia española, una de cuyas partículas, no ciertamente la más notable, está condensada en la siguiente proclama de Wellington:

«Guerreros del mundo civilizado: Aprended a serlo de los individuos del Cuarto Ejército que tengo la honra de mandar. Cada soldado de él merece con más justicia que yo el bastón que empuño. Todos somos testigos de un valor desconocido hasta ahora: del terror, la muerte, la arrogancia y la severidad, de todo disponen a su antojo. Dos divisiones fueron testigos de este combate original, sin ayudarlas en cosa alguna, por disposición mía, para que llevaran una gloria que no tiene compañera. Españoles, dedicáos todos a imitar a los inimitables gallegos. ¡Distinguidos sean hasta el fin de los siglos, por haber llegado en su desnudo a donde nadie llegó! Nación española, premia la sangre vertida por tantos Cides. 18.000 enemigos, con una numerosa artillería, desaparecieron como humo para que no os ofendan jamás.»

V

No es Eduardo Pondal, ciertamente, el único intérprete del alma gallega durante esa segunda mitad del siglo XIX, en que cantó Rosalía de Castro y Manuel Curros Enríquez, atalayas entre tantos, han aprisionado numerosos matices de nuestra alma. Del alma gallega actual, amargada y vencida, y radicalmente distinta del alma gallega que fué en los largos siglos que corren en la historia hasta el XVI.

Para Curros y para Rosalía, ya no es la gallega la raza guerrera que humilló el orgullo de Roma, ni aquella de que nos habla la historia en sus



ALEXEL MAXIMOVICH PESCHKOW "Máximo Gorki"
el famoso escritor proletario ruso, por Félix.

páginas ancianas. Pero Eduardo Pondal marcha en desacuerdo. Tiene fe, y dice que es una y eterna el alma de la raza. Por eso canta el pasado, que nunca es nulo ni deja de actuar en la historia futura, y a él le encomienda la formación del alma gallega que será. Por la armonía de sus palabras viriles pasa la historia patria, y aún se escucha, al través de su eco, el fragor del combate.

Escuchando al poeta en sus profecías, augurios e interpretaciones, parece como si de la tierra lastimada se alzara la voz de los antiguos bardos céltigos derramando a la libre caricia del viento las altas palabras de fe y de esperanza que van a clavarse, como dardos acicateadores, en los pechos nobles y esforzados. La raza gallega, que pasa por las páginas admirables de «Queixumes dos pinos», es aún la raza fuerte, guerrera, cuya agresividad es hija de su acendrado patriotismo. Es la raza que, a pesar de su es-

clavitud actual, sabe guardar con el calor suficiente las altas ideas de redención, y hace de ellas su ideal de vida y su aspiración suprema. Que no en vano caen los vencidos cuando arrastran con ellos, muerta también, la justicia.

Contra la injusticia, la opresión y el fatalismo, grita Eduardo Pondal cuando dice:

Cuando os duros machados,
fíren os altos pinos;
e caen con estrondo
no chan de Bergantiños;
non caen, non, en vano,
cal xigantes ergidos,
sin gloria e sin renome
nos seus eidos bravios;
mais ó caer, ceibando
os ulidores piños,
s'espallan na debesa,
po-lo manto nativo;
e da semente s'erguen,
descendentes altivos.

Así cando caéran
aqueles destemidos;
de nobres ideais
os bóos peitos enchidos,
non caerán en vano
en oprobioso olvido;
coma o vulgo dos homes,
n'escuridade estintos.
Mais o chan empapando
do sangue esclarecido,
os campos de Suevia
dos celtas nobre asilo;
non cederán a morte,
e deixarán altivos,
perdurable semente
de vingadores fillos.

Déspotas, insensatos,
forxá, forxade grillos;
pode oprimir o ferro,
un corpo enfraquecido;
mais as nobres ideas,
e gloriosos instintos...
Eses... ¡non pode, non o duro ferro,
nin a morte, extinguiolos!...

VI

Flota en toda la producción literaria de Eduardo Pondal un optimismo propulsor y contagioso, que hace que sus poemas labren profundos surcos en la memoria. «Queixumes dos pinos» es tema digno y alto, y su expresión es buscada en largos años de trabajo paciente y reflexivo. Veladas múltiples fueron necesarias al poeta para martirizar un idioma, de suyo meloso, hasta lograr darle una flexibilidad épica y una gran capacidad expresiva desconocida en las letras gallegas. Molde de esencias es su idioma en donde las palabras labran anchos caminos que llevan directamente al corazón de la raza. Por eso la literatura de Eduardo Pondal es la única de toda nuestra producción renacentista que no huele a trasplante. En él está lejos la influencia de las otras literaturas peninsulares, y canta una voz absolutamente personal.

Su obra es la de un artífice, paciente y erudito, que bajando a convivir con el pueblo, aprecia su tema como el más digno y se recrea en la cristalización. Nada ni nadie le han de sacar de este empeño que se fué haciendo carne en su carne y cerebro en su cerebro. Para cantar lo que más se ama, se busca el más puro amor y las más bellas palabras. De ahí su disconformidad con la propia obra que siempre pulfa y retocaba, no dándola finada nunca, porque nunca la creía lo suficiente perfecta para cantar a su más puro y perfecto amor: Galicia. Es a Galicia a la que señaló todas las posibilidades, y le propició la conquista de todos los horizontes.

VII

Por eso es única en nuestra lírica la voz de Eduardo Pondal. Carece de antecedentes, y viniendo desde las

más lejanas páginas de la historia, son sus acentos graves de serenidad y de vaticinios. La historia le sirve más que para recrearse en la contemplación de sus páginas, para vaticinar nuevos y heroicos intentos. Pondal señala a un camino de futuro y marca la ruta con la suprema belleza de sus poemas. Busca la tradición en su esencia misma, y extrae de ella el secreto que guarda el porvenir. Por eso en todos los hombres gallegos que canta, hay un héroe en potencia. Porque no con otra materia que la de los héroes se forjan los hombres que él cantó: navegantes, vagabundos, poetas, guerreros, roturadores del agro... Y nadie llora en sus versos, porque no hay lágrimas en tierra de héroes y porque los hombres forjados con aquel acero, mueren en el fragor del combate, en el fondo del mar, en las orillas de los caminos, siempre inesperadamente, cuando la muerte parece más lejana y no da tiempo más que a eso: a morir.

Nunca, pues, su canto es inconsciente. Cuando rompe a cantar, ya tiene asignada a su arte una finalidad patriótica, porque,

a alma do bardo
enérgica, ousada,
que audaz libertade
tan só soña e ama,
vái pensando en propósitos férreos,
qu-ergan a Patria...

Por eso todo lo que escribió, desde el momento que tuvo conciencia de sí mismo, lleva su sello peculiar; todas sus creaciones persiguen un mismo elevado ideal, que nació en las más profundas intimidades de su ser desde el momento mismo en que, leyendo la historia de su raza, tuvo conciencia de la esclavitud de su patria.

VIII

Y como allí adonde fué llevó con él su sello personal inconfundible, vamos a verle, también, describiendo el paisaje nativo:

Ou terra de Bergantiños,
Roxa ó arar, nobre e testa,
Doce a vista desde lonxe...

Aquí está, aprisionado en esos tres versos ese paisaje, tan distinto del de todos, y por sobre todos tan fundamentalmente gallego. Hay aquí un paisaje acorde con la raza que lo trabaja y lo puebla. Con la raza que vive y pasa al través de las páginas admirables de «Queixumes dos pinos». Paisaje de costa. Paisaje creador y forjador de hombres representativos. Porque ningún hombre es más representativo de nuestra Galicia que aquel que nace en la orilla del mar y de él

recibe su diaria lección de energía. El agua que lame constantemente el cantil de la costa hasta pulirlo y darle suavidad de contornos, ofrece a nuestro hombre de orillanar su más provechosa lección de tenacidad. Y quien contempla constantemente la inmensidad del océano, queda por siempre cautivo de la saudade. De la saudade, que es fuerza generatriz que por la ensoñación lleva a la conquista del misterio. Desentrañar lo impreciso, lo indefinido, es fuerza y afán de que la saudade viste siempre a sus posesos.

En los hombres que trabajan y cruzan por este paisaje de Eduardo Pondal, viven todas las posibilidades que aún quedan vírgenes a nuestra raza. Ellos han de dar el manotazo final a la modorra secular que nos incapacita. Y todo puede esperarlo Galicia de esos de sus hijos, capaces de todo, que se revelan contra el propio destino, y que cuando no pueden domeñarlo y

Sin libertad es triste, es odiosa, es imposible la existencia. En nuestros pueblos hay pocos hábitos de resistir dentro del derecho y muchos hábitos de apelar a la violencia. Somos caudillos, guerrilleros, soldados, y no sabemos ser ciudadanos.—CASTELAR.

forjarlo a voluntad, lo cortan repentinamente, adentrándose en el mar y perdiéndose en él.

Irresignación es la característica de estos hombres. Nacen en tierra irredimida, que lucha con el mar, al que disputa tercamente y palmo a palmo la vida. Por eso las costas gallegas dan siempre esa sensación de grandiosidad, con los montes cercanos al borde mismo de las aguas, como si fueran puestos allí de intento para contener su avance.

Este es nuestro característico paisaje. Por él, timonel de la nave y del arado, vive el bergantiñán:

Cantanto pol-o vaixo

Cantando o rosmando. Porque en nuestra tierra, ya nadie es capaz de decir si la gaita canta o llora.

IX

Pondal es un bardo, y como tal, canta en su obra asumiendo la voz de la comunidad. Su voz es tan alta como la de aquel que dijo: «Canto a esos hombres que están por encima de lo vulgar; que desde las costas occidentales de la Lusitania, fueron a asom-

brar la Tropobana con su audacia; su valor paciente para sufrir trabajos superiores a las fuerzas humanas, estableciendo un nuevo imperio bajo un cielo desconocido y bajo otras estrellas.»

El ha traído su mensaje y nadie hubiera encontrado expresión más justa ni forma más cabal que aquella en que él ha logrado envolverlo. Alcanzó al poeta un solo libro para aprisionar en él su voz potente y profética, y aquel libro ejemplar resume el mensaje que en la prolongación de los años ha de alcanzar a la redención de la tierra gallega. La idea dominante, la ambición única de «Queixumes dos pinos» queda resumida en las palabras: patria. Atribuirle otro significado, envolvería ciertamente una idea falsa.

Llega el poeta a nuestro medio cuando la disolución de todo patriotismo es cabal y absoluta. Ya nadie piensa en que Galicia es la mutilación de una patria, y la vida muelle y ciudadana corrompe a los espíritus de selección. El conformismo, el positivismo y el convencimiento acentuado de la propia capacidad para la lucha contra fuerzas abrumadoramente superiores, hicieron que nuestras gentes se adaptaran a las nuevas situaciones y olvidaran los más ineludibles deberes patrióticos. Nuestras ciudades se tornan pasivas, y al igual que el idioma lo hizo anteriormente, nuestro rescoldo de patriotismo tiene que peregrinar en busca de las montañas.

De corrupción en corrupción, llegó una época—y esta es ciertamente en la que Pondal inició su mensaje—en que los propios gallegos escarnecieron su patria, negándola, igual que el apóstol más amado negó al maestro de Galilea.

Dice Eduardo Pondal, recordando los trágicos días:



Callar el pico, y... a seguir sirviendo.
George Grosz

A lingua tiveran
Por lingua d'escravos;
Esquecerán os patrios acentos,
Suidosos e brandos.

Dos propios acentos
Tiverán vergonza;
De cautivos faláran palabras,
De sérvos e ilotas.

Deixaran os doces
Acentos jocundos,
Por estrañas palabras de sérvos,
Ignaros e escuros.

A nai afrigida,
Da escura miseria
Os propios tomara
Por xente extranxeira;
E espantada escutara dos fillos
A plática serva.

Es entonces que alzándose, soberbio como un Dios, lanza al viento su

Un sujeto adulado, como lo ha de ser siempre un jefe, tanto si es emperador como si es encargado de un taller, está expuesto a ser en todas las ocasiones engañado y, por consecuencia, condenado a no saber nunca apreciar las cosas en sus proporciones verdaderas.—RECLUS.

saúdo augural, y vaticina, con poderosa voz nunca oída, el porvenir de la raza.

X

Un día, triste y largo, dejó de oírse para siempre la voz poderosa de Eduardo Pondal. El poeta cayó como caen los pinos, con el estruendo de los gigantes y con la canción en las ramas. El Parnaso Gallego abrió sus puertas. El luto posó su manto en Galicia, y Ramón Cabanillas escribió un soneto:

Dáu o queixume derradeiro, o inxente bardo d'outras edás, forte e barudo;
cantor d'un pobo lexendario e rudo
asoballado d'extranxeira xente.

Dos guerreiros de Suevia posto o fronte,
aos pés a lanza eo batido escudo,
agarda-o Breogan, doido e mudo,
entr-os pinos da costa verdecente.

Mentras... Da praia ao castro solitario
vai do vento costeiro no bruido
com'un puñal, iste firente berro:

Morréu Pondal o vello lexionario;
cayéun en terra o pino mais brandido,
crebóuse a lira celta, de ouro e ferro!



CANARIAS

Sobre el traslado de un indeseable

por A. H. de M.

Tenemos que hablar—aún—de Manuel Mascareñas Boscasa, catedrático de Química de la Industrial, tráfuga político y orador de a 0,15 céntimos la hora. ¡Más barato que el kilómetro de un taxi urbano! Por harta desgracia tenemos que hablar de este aventajadísimo discípulo de Cambó. Porque, ciertamente, queremos rendir al Mascareñas Boscasa—hoy trasladado a la Escuela Industrial de Valencia—la justicia que su pésima y cochambrosa ejecutoria política se merece.

Un periódico local W. C. político, «pacificador de espíritus», etc., afirmó que la marcha de Mascareñas había producido un hondo pesar en la masa pública. ¡Miente el lacayuelo a sueldo que tal cosa escribió y miente además como un gran bellaco! La opinión pública no ha sentido, ni muchísimo menos, la marcha de Mascareñas Boscasa, porque la opinión pública sabía perfectamente qué clase de persona política era el tal aprovechado catedrático. Por otra parte, el lacayuelo del órgano W. C. de la política dos veces dictatorial, confunde a un grupo de arribistas con la generalidad de ciudadanos que viven de su trabajo y no de prebendas oficiales repartidas después de haberse arrastrado como habesas por las antesalas políticas de este y aquel señor... Mascareñas logró medrar a costa de los intereses insulares de una manera descarada; pero su medro fué con beneficio de su persona y de sus señores jefes. Jamás el Mascareñas tuvo ningún gesto noble que redundara en beneficio del pueblo.

¿Dónde está, pues, entonces el sentimiento del pueblo por la marcha de un indeseable de la categoría de Mascareñas? ¿Dónde están los servicios prestados al pueblo por Mascareñas? ¡En ninguna parte! En cambio, podríamos señalar—ahora mismo—las muchas combinaciones de «alta política» en que—¡siempre, siempre!—el Mascareñas se encontró presente.

Mascareñas se sirvió de su cátedra para hacer política. Y cosa rara: los Gobiernos se indignan porque los es-

tudiantes se organicen y se dispongan a intervenir en la vida pública; pero en cambio tolera a señores como Mascareñas que de su cátedra, si mucho se ocupaba, era para cobrar a fin de mes... y gracias.

¡Oportunista a lo José Fouché fué Mascareñas en la vida política local!

De esta hábil manera—¡pero muy asquerosa también!—el cacique de la Industrial logró ascender a los escaños municipales, elegido por el sufragio popular y con el marbete de alumno de Cambó. En esto llega la cuartelada de Primo de Rivera y ¡cataplúm!, Mascareñas y su oratoria huera, imbécil y de aula rancia, salen rodando escaleras municipales abajo. ¿Pero qué hacer? ¿Resignarse a permanecer en la calle de espectador? ¡No! Mascareñas es lo suficiente José Fouché para atrapar una concejalía de la U. P. y colarse de nuevo en el Ayuntamiento. ¡Y de qué manera ahora! Con censura, sin libertad de pensamiento, sin garantías, etc., el concejalato upetista de Mascareñas fué un continuo hacer y deshacer sin control de la opinión contribuyente. Y en esta etapa upetista ¡hay que ver lo bien que probó Mascareñas su hermandad con el asqueante político francés José Fouché! Cada poco tiempo los Ayuntamientos upes esan renovados. Entonces veíamos al catedrático Mascareñas duran-

te tres o cuatro días corriendo por toda la población: ya entraba en casa de tal político, ya salía del despacho de tal autoridad, ahora visitaba a este señor, luego a aquél, más tarde hacía unas declaraciones, luego salía de telégrafos, etc., etc. Total: que Mascareñas lograba un nuevo puesto en el Ayuntamiento entrante.

Pese a sus actividades políticas, atrapaba cuantas auxiliares de Centros oficiales le dejaran expeditas, clase particulares y regencias de Farmacias. ¡De manera que Mascareñas con su «identificación» con los intereses insulares había logrado un «modus vivendi» formidable!

Por último, hasta la misma U. P. se cansó de sus trapicheos políticos y le puso de patitas en la calle. Entoces Mascareñas la vió perdida igualmente que cuando Luis XVIII mandó a paseo al asqueroso José Fouché. Con la doblez política de este su mentor político, se dirigía Mascareñas: «Bueno, no hay que apurarse. España es grande y lo importante es ahora levantar el vuelo de Canarias, donde ya no me escuchan ni los limpiabotas de la Plazuela. Vámonos a Valencia.» Y, ciertamente, camino de Valencia salió Mascareñas, ahora, lo que no sabemos es si en esta ciudad se dedicará a su cátedra de Química o a su cátedra de política marrullera.

Si se decide por esto, pronto veremos al Mascareñas mangoneando de lo lindo en la «res» pública valenciana. Ahora también pensamos una cosa: y es que a Mascareñas—como a su maestro José Fouché cuando robó el archivo del Ministerio de Policía a Napoleón—ha errado el tiro, se ha equivocado. En Valencia es probable que pueda comer unas sabrosas naranjas, buena «paella», arroz, y tal cual «hocado» más; pero creemos que el actual espíritu liberal imperante en Valencia, pondrá coto a las correrías de José Fouché, digo, de Manolo Mascareñas, catedrático de Química de la Industrial, alumno de Cambó, republicano, liberal, socialista, de la Unión Patriótica, y ahora, cesante políticamente.

Sepa la opinión liberal de España que aquí, en Las Palmas, la masa de público que vive de su trabajo y no de pasarle la lengua a ciertos capataces políticos por cierta parte... ha sentido una gran satisfacción al ver



Ayuntamiento de Madrid
Signos de los tiempos...

alejarse a Mascareñas y a su clan numeroso.

Y la prueba más rotunda está en que el Manuel Mascareñas fué despedido por un banquete «espontáneo» de sus colegas políticos, agradecidos a sus buenas marrullerías; pero en este banquete no hubo ni una insignificante representación popular. ¡Qué había de haber!

Bastante bien servido va Mascareñas si en su retiro de Valencia no le ocurre igual que a su mentor José Fouché, en el suyo en Bélgica. (Hablamos políticamente, claro). Además, hora es ya que Mascareñas se ocupe de su Química y deje lo que para él ha sido una lotería con bastantes reintegros: la política, con minúscula, porque la que él ha ejercido es una verdadera M.

Una de las «hazañas» mascareñiles fué, ya en su inevitable caída, trasladarse a Madrid donde fué recibido por varios ministros, entre ellos por

Leopoldo Matos, y hacer todo lo posible porque le facilitaran un balón de oxígeno político. Para ello pronunció algunas conferencias sobre el clima de Canarias y sus bellezas—conferencias que más parecían pagadas por el P. N. de T., que propias de un catedrático, ya sin posibles «enchufes»—y otras tonterías; sin embargo, su caída fué imposible de evitar. Aquí repitió las somnolientas charlas; pero «por ahí me las den todas». Y nadie le hizo caso.

Consecuencia: que Mascareñas hizo los baúles, sacó unos pasajes y... una tarde salió para Valencia, despedido por sus colegas y despreciado por el pueblo. Nada más que esto le ocurrió a Manuel Mascareñas Bosca en la muy noble y muy leal «Ciudad de Las Palmas», a tantos del mes tal, del año de 1930.

Dios le perdone sus muchas fechorías.

E. P. D. en la ciudad de Valencia.

Cría, fomento y administración del hambre

por ANTONIO NÚÑEZ DE HERRERA

I

En Madrid se han reunido unos señores para evitar que se deprecie el trigo.

El castellano tiene una serie de entresijos utilísimos que sirven para encubrir, por metonimias o perifrasis, la verdadera naturaleza e intención de los acontecimientos. Aquel propósito, así enunciado, parece no tener gran importancia. Pero hagamos ejercicio de sinónimos. Hasta encontrar por trasposición, en el último estrato, la cierta, la veraz significación del asunto.

En Madrid se han reunido unos señores para procurar que el trigo no se venda por poco dinero.

En Madrid se han reunido unos cosecheros para evitar que se compre el pan barato.

Los señores que se han reunido en Madrid, lo han hecho, en efecto, para que el pobre que puede comerse una hogaza entera se conforme con un bollo.

La reunión ha tenido por finalidad que el hombre del bollo y su respetable familia pasen la mayor cantidad de hambre posible.

Con esto llegamos al final de las conclusiones y consecuencias de la citada junta de tenedores de trigo.

Los acuerdos lograrán que el señor que posee millares de fanegas de trigo—porque el hombre del bollo se las proporcionó—, millares de fanegas de trigo equivalentes a miríadas de pa-

nes, realice sus ganancias con el mayor confort y seguridad asequibles. Mantenido en lo alto el precio del trigo, a pesar de la abundantísima cosecha, el hombre de los miles de fanegas puede beneficiarse vendiendo la cuarta parte de sus existencias, con la misma cantidad que ganaría pignorando el total de su trigo a un tipo depreciado.

Con esto el señor del trigo consigue muchas ventajas:

Se evita el tener que negociar y medir las tres cuartas partes del grano. Puede, sin pérdida, tirar ese sobrante. Y es más cómodo.

Encuentra mayor facilidad en la venta de la cuarta parte por ser menor el volumen de la mercancía que ha de necesitar comprador.

Sobre esto le queda la probabilidad de vender todo el trigo al precio fijado como si no hubiera abundancia. Puede colocarlo en el extranjero, si no quiere hacer bajar los precios en el país por excesiva oferta. Puede incluso aguardar al año siguiente, que acaso venga malo de cosechas, y venderlo incluso más caro aprovechando el crecimiento de la demanda...

Junto a estos razonamientos, el hombre del bollo no puede pintar nada en las reuniones de los señores de los trigos. La imagen del hombre se esfuma en lo imponderable con su bollo, su hambre y su carrada de chilquillos.

II

El hecho es que existe una abundantísima cosecha de trigos. Lógicamente, a mayor abundancia menor precio. La utilidad ha de gravarse entonces en un tipo menor, puesto que hay una ponderación y aumento de lo utilizable.

La filosofía de las gentes resume esto en una ecuación: lo mismo da muchos pocos que pocos muchos.

Y todo esto, pues, lo de la depreciación, sin que el cosechero se perjudique, puesto que si negocia el trigo a bajo precio vende en cambio mayor cantidad.

El caso es que fué abundantísima la cosecha. El hombre del bollo anduvo trabajando por los campos. Vió doblarse las mieses sobre la tierra, más generosa que los hombres. El hombre del bollo tuvo la esperanza de que de aquellos miles de espigas, que él cultivó y labró, le tocaría este año mayor ración. Porque también fué mayor la ración de trigo que la tierra regaló al señor, por la gestión de la naturaleza y el labriego.

El trigo se venderá barato, imaginaba el hombre del bollo. El señor recolectará este año cuatro veces más trigo. Lo venderá, pues, cuatro veces más barato y todavía ganará lo mismo que el año pasado. En cambio yo me comeré cuatro bollos en lugar de uno.

Y con estos pensamientos el hombre del bollo acaso labró más hondos los nuevos surcos y dejó caer la hazaña con más fuerza. Como si ya le hubieran fortalecido los tres bollos más que pensaba comerse.

III

Pero el hombre del bollo se equivoca. Se equivocará mientras puedan celebrarse reuniones en Madrid para impedir la depreciación de las cosas.

Dió la tierra cuatro, pues se pone al mercado uno para que no baje el precio. Se corrige cuidadosamente en las reuniones la prodigalidad de la naturaleza.

El hombre del bollo no sabe leer y no puede entender estas cosas. Hay unas razones nuevas, inventadas por los hombres que se reúnen, llamadas cuestiones financieras.

El hombre del bollo no entiende esto. No puede entenderlo mientras vea llenos los trojes del amo. Mientras vea que han crecido los montones de trigo en los graneros y su bollo en cambio sigue siendo tan corto.

En Madrid se han reunido unos señores para encoger los bollos.

Sevilla, febrero 1931.

COMUNISMO Y FASCISMO

Por M. GARCIA PELAYO

Uno de los tópicos más corrientes, cuando se habla de los modernos problemas políticos, es el de suponer de la misma naturaleza, el igualar el comunismo ruso con el fascismo italiano. Y en esta concepción política van del brazo las gentes más dispares, así, por ejemplo, el anciano y bonachón liberal, ex presidente del Consejo de Italia, Francesco Nitti, en *Bolchevismo, Fascismo, Democracia*, y el renovador vanguardista señor Giménez Caballero, en un reciente artículo en *La Conquista del Estado*.

Sin embargo, nosotros creemos que si dejamos a un lado el color de las camisas y la forma de saludar, y pasamos la vista sobre la teoría y la práctica de ambos sistemas, pronto se acentúa, no ya una gran diferencia, sino la más irreductible oposición. El problema de la política es el problema del Estado, y en la concepción que del Estado tienen ambos sistemas hay tanta diferencia como de lo blanco a lo negro.

El eje sobre el que gira la teoría política fascista es la conclusión hegeliana «el Estado es la realización de la idea moral», e inspirado en esto Benito Mussolini pronuncia por primera vez en octubre de 1925 la lapidaria y zarandeada fórmula «tutto nello Stato, nulla fuori dello Stato, nulla contra lo Stato»; de aquí se deriva un sistema político que Sergio Panunzio conoce con el nombre de *Statocrazia* y que designa diciendo «que todo es en el Estado, que todo existe y se desenvuelve en el Estado... en todos los casos y a toda costa bajo el Estado».

Vemos, pues, que para la ciencia política fascista lo más alto en la escala de valores políticos es el Estado; los individuos no tienen valor fuera del Estado; todo se ha de realizar bajo el Estado y pensando en él. El fascismo es, pues, la suprema exaltación del Estado. Y de esta exaltación nace la negación de toda libertad individual, ya que no sería «todo», el Estado, si tuviera que detener su actuación en la esfera de la libertad de los individuos o grupos; de acuerdo con esto, los escritores fascistas presentan como primer carácter de su Estado el absoluto «autoritarismo». Y su segundo carácter, el cacareado corporativismo, no es otra cosa, y así lo expresan ellos constantemente, que la oposición, frente al peligro de desintegración del Estado, producido por la lucha de clases, la unión de éstas en Corporaciones, con la sumisión absoluta, no a los intereses clasistas, sino a los intereses del Estado, y re-

solviendo sus conflictos, salarios, horas y forma de trabajo, etc., bajo el imperio del Estado (claro que esto es en teoría; la realidad está regida por los intereses capitalistas).

Ahora bien; la teoría comunista sobre el Estado es justamente lo contrario. Al emblema de Hegel es opuesto el de Marx, según el cual los Gobiernos no son otra cosa que Consejos de Administración de la burguesía, es decir, frente a la «realidad moral» la «realidad inmoral». Por otra parte, según la concepción de Engels, que Lenin hace suya en su libro *El Estado y la Revolución*, el Estado es ni más ni menos que un producto de la lucha de clases, surge en cuanto hay clases con intereses antagónicos y se convierte en órgano de explotación de una clase por otra; la existencia del Estado representa, pues, la de la tiranía, la injusticia y la inmoralidad, y el día en que éstas desaparecan del mundo, el día en que no existan clases, «la sociedad dará a la máquina del Estado el sitio más adecuado: el museo de antigüedades donde figurará junto a la rueda y el hacha de bronce».

Mas como quiera que el Estado es instrumento indispensable mientras existan clases, los comunistas se sirven de él, en su lucha contra la burguesía, empleando toda violencia, pero para terminar con las clases y fundar aquella sociedad que anhelaba Marx en la que «el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de los demás». Es decir, que en sistema comunista se emplea el poder del Estado, no para robustecimiento del Estado, como en la teoría fascista, sino precisamente para todo lo contrario, para su destrucción. Así, pues, es imposible una antítesis mayor entre ambos sistemas.

Entre las frases sueltas que el señor Giménez Caballero cita en apoyo de su teoría, una de ellas es «la dictadura proletaria se apoya directamente sobre la violencia, no sobre la ley»; pero esta misma definición, que Lenin da en su libro *La Revolución proletaria y el renegado Kautsky*, nos señala otra diferencia entre los sistemas políticos que nos ocupan, y es, que mientras que Lenin desprecia la ley, los fascistas se empeñan en buscar a su dictadura una base jurídica; tales, por ejemplo, son los esfuerzos del Rocco, el ministro de Justicia de Mussolini,

que en su libro *La trasformazione dello Stato* trata de fundamentar el Estado fascista en los principios comunes del Derecho público.

Otra serie de frases citadas por el señor Giménez Caballero tienen idéntica fortuna; por ejemplo, «donde hay libertad no hay Estado», no quiere decir otra cosa—como ya hemos visto anteriormente—que para que exista verdaderamente libertad es preciso que no haya Estado; pero jamás, que la libertad haya de sacrificarse al Estado. Si en la U. R. S. S. está suprimida la libertad, es porque—con arreglo a su concepción—sólo así podrá llegar un día en que el hombre sea verdaderamente libre, no sólo en las leyes, como en la democracia burguesa, sino en la realidad de la vida.

También dice el señor Giménez Caballero que «el marxismo ha parido este bivio: comunismo - fascismo». Nos gustaría ver la demostración de la relación teórica que pueda tener el marxismo con el fascismo; precisamente un filo-fascista como el ya citado señor Giménez Caballero debía estar enterado de los apóstrofes mussolinianos a la teoría marxista, por ejemplo, cuando en el *Decálogo fascista* habla con voz de trueno de la ideología del siglo XVIII «que alcanzó su punto culminante en la ideología parricida de Moscú».

Y si de la teoría se desciende a la parte fenoménica, la disparidad de ambos sistemas no puede ser mayor. El fascismo comienza su vida con las «expediciones de castigo» contra socialistas y comunistas, constituyendo esto su mayor jactancia; el fascismo, tras estos méritos, recibe dinero de la burguesía italiana para continuar su campaña contra la revolución social; son las escuadras fascistas las que desalojan a los trabajadores de las fábricas que habían ocupado, y, por último, cuando el fascismo está en el Gobierno, el mayor enemigo contra quien tiene que luchar no es la burguesía democrática, sino los partidos obreros. El fascismo es, pues, un engendro de la burguesía que, llegada la hora de peligro para la sociedad capitalista, no duda en actuar de Judas con las formas políticas que, como la democracia, ella misma creó.

No es necesario insistir aquí sobre el carácter opuesto que tiene el comunismo. Lo cierto es que esta es la dictadura de la clase proletaria, frente al fascismo dictadura de la burguesía, y con una diferencia a favor de la primera: que lo proclama abiertamente, mientras que la segunda trata de enmascararse con la hipócrita justificación del «Estado como idea moral».

Esta es la realidad, y el tratar de asemejarlas no es otra cosa que o no fijarse más que en los caracteres externos, o una melancólica y estúpida masturbación del cerebro.

LEA USTED
"NUEVA ESPAÑA"
Ayuntamiento de Madrid

ABRAHAM LINCOLN⁽¹⁾

por A. HURTADO DE MENDOZA

Ciertamente, muchos son los obstáculos que tiene que sortear el biógrafo cuando pretenda dar—verdadero—relieve a la materia biografiada. Sobre todo, si ésta está flotando en un mar de leyenda deformadora, de mito, de Historia. De ahí tendrá que sacar las líneas indispensables, precisas, para dar figura a la materia biografiada. Y las tendrá que sacar con una precisión matemática, con la misma precisión que el químico mezcla—en la retorta—tantos gramos de este reactivo, tantos de aquel, tantos del otro, para que precipiten en el producto tal. Porque, de lo contrario, el menor descuido dará un resultado final erróneo.

Ocorre con ciertos personajes que su época no les hace la merecida justicia. No sabe apreciarlos. La siguiente generación los apreciará doblemente: por lo que realmente valen y por lo que su antecesora dejó de apreciarlos. Penetrar en este ambiente, donde la realidad y la exageración se dan la mano, para extraer unas líneas constructivas imprescindibles, es empresa harto difícil, de la cual no se arriba a la orilla—en la generalidad de los casos—con suerte. Si triunfan los elementos reales, malo. Si triunfan los elementos legendarios, míticos, malo también. Una equidistancia de estos dos polos tan peligrosos—en materia biográfica—dará por resultado final una egregia biografía. Porque...

Biografía no es repetición de fechas, datos, números, hechos, sucesos. Esto, en el mejor de los casos, será ficha del Archivo de Policía; pero no biografía. Biografía es re-creación. Nada más. ¿Nada más? ¿Pues no es ello poco!... Biografía es reconstruir un ambiente y en éste colocar al personaje re-creado. ¿Pero vayamos con paso quedo! El ambiente será al personaje biografiado lo que es el marco al lienzo. O sea: contorno que enmarca, limite y, a la vez, exalte lo enmarcado y limitado. El personaje biografiado sin ambiente *ad hoc*, es como el lienzo sin el marco: algo se desborda, que se esfuma. Pero tengamos presente que enmarcar un lienzo no es tarea de un Juan Lanas o Periquito el de los Palotes. Un marco excesivo ahogará lo enmarcado. Por el contrario, un marco imperceptible dejará escapar lo enmarcado.

Claro está, el valor de un lienzo en sí no depende del marco, pero desde luego el marco juega papel de primera importancia en su valor. Mejor di-

cho, realza su valor. Sin desviar la atención hacia sí, obligarla a centrarse en lo enmarcado; he ahí la misión del marco.

Pues tanto así pudiéramos decir que es el ambiente construido—o mejor, reconstruido—por el biógrafo con respecto al personaje biografiado. ¿Y qué es reconstruir un ambiente sino—precisamente—ambientar al biografiado? Un personaje biografiado que tenga la enorme desgracia de caer más allá de su ambiente, habrá perdido todo interés. Sería algo tan extraño—y burdo, también—como si nos tropezáramos a Don Quijote en un «dancing» tomando un vermuth con aceitunas rellenas. Y, por otra parte, un personaje demasiado succionado por su ambiente no será personaje, sino ser anónimo: uno de tantos. Porque

Contra la Humanidad y contra la Naturaleza se puede luchar, pero nunca vencer.—MAZZINI.

ser personaje es, sin duda, sobresalir del anónimo: destacarse del ambiente integrado por seres que van al teatro, que entran en el café, que tienen queridas, que fuman habanos, o que leen tal periódico como *conditio sine qua non* para irse a la cama, o que son celosos de sus feísimas mujeres. ¿Si no se empina sobre el nivel medio de esta gente, en qué es un ser personaje?

* * *

El biógrafo viene obligado a tener una proximidad íntima con su personaje biografiado; pero con la condición de que inmediatamente se aleje de él hasta que posea una *idea*. He aquí otro obstáculo: ¿a qué distancia situarse para tener del personaje, no pasión que nace de la proximidad del sujeto y objeto, sino *idea*? Como este atayadero no está enclavado en un lugar material, nada de particular tiene que: o no se llegue a él, o se le pase. Dos defectos—uno, por menos; otro, por más—que se dejarán sentir en el resultado final de la biografía. Porque, repetimos, biografía no es cúmulo de notas, de fechas, de datos, de anécdotas. Es, apoyándose en todo esto, la *idea* que el biógrafo tenga de su biografiado. A nadie puede interesar el día que nació Lincoln, el día que le atizó un pescozón a un amigo, cuándo se hizo abogado, cuándo se casó, cuándo tuvo unos hijos. No; esto sería, desde luego, una valiosa ficha del Archivo de la Policía. A mí me interesa la *idea* que Emil

Ludwig tiene de Lincoln. Es decir, cómo ve Ludwig a Lincoln, a Napoleón, al káiser, a Goethe, a Bismarck, a... Por esto la biografía ofrece un campo de horizontes invisibles, en el terreno intelectual de la hora presente. Cada día nos interesarán más las *visiones* que los grandes hombres presentes *tengan* de los que lo fueron. Etcétera, etc.

* * *

Tarea harto intrincada, peligrosa, resbaladiza, como la de reconstruir el ambiente de los Estados Unidos del Norte de América, por los años en que se desarrolla la vida política de Abraham Lincoln hasta tomar asiento en la silla presidencial de la Casa Blanca. Los Estados del Norte y los Estados del Sur estaban en franca pugna: abolicionistas contra esclavistas. La cantidad de personajes que calzan coturno que—por ambas partes—entran en escena, es considerable. Ludwig sabe darles a cada uno su talla justa, de tal forma, que sin perder en categoría sirvan de peana para peraltar—en el presente y a través del tiempo—la egregia figura de Abraham Lincoln, el hombre magnánimo que abolió la esclavitud negra en los Estados Unidos del Norte y, de rechazo, en los del Sur. Ludwig manipula con mano tan pulsada y acertada que en este abigarrado ambiente vemos surgir, desde la cabaña del leñador hasta la Casa Blanca, la figura digna de Abraham Lincoln.

Aquí hay que añadir otro éxito en el haber de Ludwig: toma un personaje real, del dominio de la Historia, y con su talento lo re-crea. ¿Pero nos hemos fijado en lo que significa re-crear un personaje real, histórico? Pues significa realzarlo sin desvirtuar la severa conformación con que la Historia sella a los personajes de su fichero. Y en este peligroso doble juego es muy frecuente que la realidad al encontrarse con la imaginación perezca por deformación. O, al revés, que la imaginación muera aherrojada por la frigidéz real, histórica. ¡Grave empresa la de novelar un personaje histórico o la de historiar un personaje imaginario!

Emil Ludwig se ha dirigido al Banco de personajes de la Historia y le ha pedido el empréstito de varios para devolverse a fecha determinada. ¡Pero hay que paladear la forma en que se los reintegra! Del Abraham Lincoln histórico al Abraham Lincoln de Ludwig media un distancia que sirve para magnificar a éste. En España Antonio Espina ha logrado se-

(1) «Lincoln», por Emil Ludwig, traducción de R. Baeza. Editorial Juventud, S. A. Barcelona, 25 páginas.

mejante peraltación con su Luis Candelas.

Ahora, punto y aparte.

* * *

Una figura política como la de Lincoln es inconcebible en España, donde los políticos, a más de cerriles, son taimados. ¿Taimados? Algo más también, por desgracia. Lincoln representa el hombre humilde que aspira a elevarse al Poder; pero no para, una vez en éste, dedicarse a proteger chantages, a engordar amigos, elevar ineptos. ¡No! Lincoln es el ejemplo del hombre que anhela ser algo con los ojos clavados en una meta: ¡hacer un poco mejor a la Humanidad! Y, en efecto, Lincoln llega al Poder y concede la abolición de la esclavitud negra que la raza blanca había implantado para aumentar su riqueza—como siempre—sin necesidad de trabajar.

Esto es Abraham Lincoln, quien en unas elecciones recibe de la directiva de su partido 100 dólares para realizar las campañas electorales. Finalizadas éstas Lincoln devuelve, aunque su situación es la de quien vive de una profesión distraída por la política, 75 dólares. ¡No había necesitado sino 25! Pero vaya usted con estos ejemplares a los políticos españoles siempre propicios para realizar cualquier marranada.

No obstante, Lincoln tenía que recibir su merecido de la raza blanca, por haberla privado de un brazo productor de riqueza como era la raza negra sometida a la esclavitud. Este merecido no es otro sino un tiro, precisamente, la noche que se festejaba el fin de la guerra sangrienta entre los Estados Unidos del Norte y Sur de América, con el triunfo de aquéllos. Con el triunfo de la abolición sobre los esclavistas. Que festejaba el fin de aquella guerra que amargó su actuación presidencial y... que se disponía a saborear una reelección popular. ¡He ahí la obra de un factor inevitable que preside—casi—todas las acciones de la vida: del dinero!

Lincoln muere; pero no su obra ejemplar, egregia, humana. Si el alocado actor Booth creyó que eliminando la persona de Abraham Lincoln desaparecía su obra, se equivocó de medio a medio. Su obra fué lo bastante humana para que jamás pudiera tambalearse ante los más duros embates de los hambrientos de crear riquezas sin trabajar.

* * *

Ricardo Baeza se ha ganado también un justo elogio. Su traducción es tan ajustada que de ninguna manera parece el texto de Ludwig haber sido escrito en lengua extranjera. No seré yo remiso en batir unas palmas de agradecimiento a Ricardo Baeza por su labor digna de la obra traducida.

PARADA Y FONDA

(JUGUETE LIRICO, CON MUSICA)

por VICENTE DGO. ROMERO

Chun-da.

chun da,

tachunda-chunda-chunda...

¡La marcha real!

(Hay marchas de ensueños y marchas reales.)

¡Y hay marchas atrás, hay marchas marchitas—que tienen su impulso detrás, en puntas de dónbola.

charol o box-calf!

¡Detrás!

Chun-da,

chun da...

¡La marcha real!

Refulge en la plaza la pura alegría del sol...

Refulge la pura alegría del sol en la arena...

Refulge la pura alegría del sol en la arena salmón...

—¡Soldados de plomo,

soldados que os váis a compás de la marcha real!

Yo os digo que sois el más bello juguete del mundo,

el más bello juguete que puede tener un bazar...

Refulge la pura alegría del sol...

La pura alegría del sol en la arena de lija,

la arena juguete, pegada a un cartón.

—¡Señor coronel:

Al potro plumizo de usía le falta la oreja derecha.

¡A la orden de usía, señor coronel!

Chun-da,

chun-da,

¡Liliput parada de juguetería!

El rey de los bastos se asoma al fingido palacio real

—papel y cartón—

a ver los soldados de plomo, de porte marcial.

Con piel de baraja, la sota de copas y el seis de los oros

forman una frágil Plaza de Armería irreal.

¡Sólo es verdadera

la marcha real!

Un sol de hojalata— tonsura de cura—refulge en un cielo de cromo,

dorando la hermosa parada ideal,

que el rey de los bastos

contempla asomado al palacio real

—papel y cartón—,

palacio real irreal.

¡Sólo es verdadera

la marcha real!

Chun-da,

chun-da...

Los más bellos cetros del mundo

los hacen con oro de cañas los niños que no van a escuela los jueves.

¡Oh hermosa parada de juguetería!

¡Todo—hasta Dios mismo—hoy es un juguete!

Chun da

chun da.

¡La marcha real!

¡Hay marchas reales, paradas y fondas,

y trenes que tienen vagón restaurant!

¡Hay trenes a Irún!

¡Hay trenes que van a Canfranc,

y van a Port Bou,

Port Bou y par-la!

¡Señores viajeros, al tren!

¡La marcha real!

Chun-

da...

Ayuntamiento de Madrid



Lo que son los buenos libros

Difícilísima es la selección a primera vista de los que deban leerse y merezcan conservarse. Bacon decía: «Algunos libros son para catados, otros para engullidos y otros para ser masticados y digeridos»; quiere decir, pues, que algunos libros hay que leerlos sólo a trozos; otros deben leerse someramente y otros que deben leerse de cabo a rabo con estudio detenimiento. La historia hace a los hombres instruidos; la poesía los hace ingeniosos; las matemáticas, perspicaces; las ciencias físicas, profundas; las morales, graves; la lógica y la dialéctica, aptos para el debate. De manera que los estudios llegan a convertirse en hábitos, por tal razón, conviene que adquiramos el hábito de leer y estudiar con provecho, no muchos libros, sino pocos y buenos, como dijo el filósofo inglés Hobbs: «Si yo hubiera leído tantos libros como algunos hombres, sería tan ignorante como ellos».

Para que un libro sea provechoso conviene que su lectura nos interese, que nos haga pensar y que nos mueva a ser mejor de lo que somos, estos son los tres requisitos que todo buen libro debe tener.

Las reglas que debemos observar como buen método de lectura, son las siguientes: 1.^a Antes de empezar la lectura de un libro, debemos procurar saber algo tocante a la personalidad del autor. 2.^a Debemos enterarnos del índice para tener una idea de las materias que contiene la obra. 3.^a Leamos detenidamente el prólogo. 4.^a Concentrar nuestra atención en lo que se lea, fijándonos en las ideas que expone el autor y procurando desentrañar el sentido de aquello que al principio no encontramos. 5.^a Tomar nota en un librito o al margen, de los conceptos o párrafos que más nos llamen la atención. 6.^a Escribir un sumario de lo más importante que contiene el libro. 7.^a Aplicar el resultado de nuestra lectura a mejorar nuestra vida o a ser más exacto en el cumplimiento de nuestros deberes, igual cosa que pasa con los periódicos, porque hay que comprender que no todos los diarios son buenos.

Una vez hayamos leído unos cuantos libros con verdadera fruición, comprendemos con cuánta razón exclama Critilo: «Gusten unos de jardines; hagan otros banquetes; sigan éstos la caza; cébense

aquellos en el juego; rocen galas; traten de amores; atesoren riquezas con todo género de parandas, que para mí no hay gusto mejor que el de leer, ni centro más lindo como una selecta biblioteca. ¿Qué jardín del abril? ¿Qué Aranjuez del mayo como una librería selecta? ¿Qué convite más delicioso para el gusto de un discreto como un culto Museo donde se recrea el entendimiento, se enriquece la memoria, se alimenta la voluntad, se dilata el corazón y el espíritu se satisface? No hay lisonja, no hay fullería para un ingenio como un libro nuevo cada día».

Una vez hayamos leído varias obras buenas con el método indicado, se habrá educado nuestro gusto y formado nuestro criterio para escoger con acierto los libros con que querramos reunir una biblioteca.

De ella debemos excluir con rigor cierta clase de libros que no debemos tenerlos. Así como nos oponemos a que entrase a nuestra casa y se presentase ante nuestra familia algún desvergonzado compañero, de lenguaje procaz, y de impúdicos modales, así debemos guardarnos de admitir en nuestra librería, ni de introducir en nuestra casa, ningún libro que tengamos que leer escondido sin poderlo mostrar a mamá o papá. Menos peligroso es dar hospitalidad a un ladrón o dejar penetrar una víbora a nuestra casa, porque éstos sólo podrá causarnos daño material de fácil remedio, mientras que un libro malo va destilando un tóxico que se infiltra en el alma y emponzoña y corrompe el entendimiento.

Por serios, graves y profundos que sean nuestros estudios o tareas, no desdénemos la lectura, de vez en cuando, de los buenos poetas. Son espíritus videntes que a menudo revelan muchas cosas que se ocultan a las inteligencias co-

Por el pensamiento vive el hombre, por el pensamiento se desarrollan a la vez él y su raza. Un pensamiento precede a cada acto de su voluntad; y el trabajo, aun el más material, no es sino la aplicación del mismo pensamiento. Si os oponéis, pues, a su libre emisión, os oponéis también al desenvolvimiento de la especie, os oponéis a la marcha progresiva del trabajo.—F. PI Y MARGALL.

munes. La lectura de una buena poesía en un entretenimiento agradable a la par que instructivo, porque «la ciencia de la poesía—dice Cervantes—encierra en sí todas las ciencias, porque de todas se sirve, de todas adorna y pule, y saca a luz sus maravillosas obras con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla».

Por esto Darwin, en sus últimos años, se lamentaba de que el intenso estudio de la ciencia le hubiese privado del gusto de recrearse con la poesía y el drama.

El mismo alto concepto de la poesía, mucho antes que Cervantes, tuvo el marqués de Santillana cuando dijo: «E qué cosa es la poesía que en nuestro vulgar gaya sciencia llamamos, si non un fingimiento de cosas útiles, cubiertas o veladas con muy hermosa cobertura, compuestas, distinguidas e scondidas por cierto cuento, peso e medida...? Nunca esta sciencia de poesía e gaya sciencia se fallaron si non el los ánimos gentiles e elevados espíritus».

Pero no en todos los libros de versos se encuentra la poesía; y por tanto, al escoger esta clase de obras con cuidado en no confundir el versista con el verdadero poeta. Lo que dice el primero sólo halaga el oído; lo que el poeta dice nos hace sentir muy hondo y pensar muy alto, porque los poetas «aprenden sufriendo lo que enseñan cantando». Pero hay algunos versistas que invocan a las musas y pretenden recibir de ellas su inspiración, y, si los apuras, no saben ni sus nombres.

Al adquirir alguna obra, debiéramos tener la idea de que el autor en persona entrara en nuestra casa y nos contara todo lo que sabe. Debemos rodearnos de hombres superiores. Debemos escoger las obras de aquellos genios y pensadores que pueden enriquecer nuestro entendimiento y elevar nuestro espíritu.

No maltratemos los libros, cuidémoslos con cariño, mirémoslos como cosa venerada, los libros son «los sepulcros de los pensamientos» y «remedios para los males del alma». Los hombres grandes y buenos no mueren ni aun en este mundo. Embalsamados en libros, sus espíritus perduran. El libro es una voz viviente, es una inteligencia que nos habla y que escuchamos. La verdadera universidad de hoy en día es una colección de libros, porque éstos no se niegan a contestar las consultas que les hacemos, no cambian rector.

FELIPE S. HERNANDEZ

MARIN CIVERA.—*El Marxismo.*

Las ediciones Morata han publicado este libro de Marín Cirera, dedicado a la vulgarización, a la máxima comprensión del marxismo: su origen, su desarrollo, su transformación. De entre tantos y tan numerosos volúmenes publicados frecuentemente sobre el Socialismo, merece destacarse éste que es, a la par, de estudio, de exposición y de crítica de las teorías marxistas. Advuértenos Cirera en las primeras páginas que no se propone «averiguar el grado de éxito en que se halla el Socialismo, ni si hay que romper o no con los moldes de la ortodoxia para que se ajuste a los hechos actuales», sino que su labor la concreta a analizar y demostrar lo que hay de vital en sus doctrinas, sirviéndose de sus estudios sobre la moderna Economía, estudios ordenados y profundos que le han llevado a escribir el libro que aquí comentamos.

Comienza Cirera por el pre-marxismo, por Babenf, con quien cree que empieza el moderno socialismo, continuado por Saint-Simon, Fourier y el comunismo federativo: Robert Owen y William Thomson. Traza la historia de la doctrina hasta Proudhon, en el que se detiene, para entrar de lleno en Marx y en el marxismo.

Uno de los grandes defectos de los tratadistas o biógrafos del socialismo es la falta de método. Escriben para los especialistas o para los profanos, sin proponerse la síntesis acogedora que Marín Cirera se ha propuesto y logrado. Marín Cirera habla del hombre—Carlos Marx—en una biografía breve y pasa después a sus consecuencias, analizando la ardua cuestión del materialismo histórico y de la filosofía del marxismo.

El capítulo dedicado a la Economía marxista es de una precisión y acierto peculiares. Nuestro escritor sigue hablando de la ganancia capitalista desde la explotación del trabajador a la venta de la tierra, pasando por la acumulación y las crisis económicas para desembocar en las relaciones entre el marxismo y el Derecho.

Al hablar del libro de Plejanov «Las cuestiones fundamentales del marxismo», dijimos—en este mismo lugar—conceptos que pudieran aplicarse ahora al de Marín Cirera. La lucha de clases es hoy el problema palpitante de ayer y el mismo de anteayer, multiplicado por nuevas potencias como lo son las exigencias modernas de la vida. Marx fué a la Ciencia Social lo que Copérnico a la Astronomía. La obra de este hombre, gigantesco filósofo y profeta, la estamos ahora sintiendo en todas las latitudes, y cuando más buceamos en él más horizontes desconocidos hallamos en los parajes de la Economía y del materialismo histórico.

El libro de Cirera termina con el Post-marxismo y el Neo-marxismo, con lo que queda perfectamente completado. Sus broches finales son la influencia ética:

Benoit Malon, y el racionalismo socialista con la síntesis: Jean Jaurès. En cuanto al Neo-marxismo, incluye en él al sindicalismo revolucionario y filosofía sindicalista—George Sorel—, concluyendo con el Neo-socialismo y el marxismo realista. Marín Cirera cree que «hay que aprovechar lo bueno de ortodoxos y eterodoxos y tratar de hacer una unificación del pensamiento socialista». Y augura que esa unificación «se realizará por medio del estudio serio de las realidades económicas».

«El marxismo» de Marín Cirera es un libro útil para todos—amigos y extraños al Socialismo—y un veloz vehículo para la comprensión de sus doctrinas. Y además está bien escrito. Escrito por un auténtico escritor.

A. DE O.

ALBERTO GHIRALDO.—*Humano ardor.* (Novela argentina).

Este gran escritor, Alberto Ghiraldo, tan nuestro ya, tan acomodado a nuestras intimidades y tanpreciado y querido por todos, nos ha regalado en una nueva novela del sabor agradable y pintoresco de su país.

Salvador de la Fuente, el héroe protagonista de esta novela de Ghiraldo, es el hijo formado en cuerpo y cincelado en alma por el ideal inquietante y rebelde del autor. Ghiraldo nos presenta a este hijo de su temperamento y su cerebro, a través de las rejas de una cárcel. El acierto del escritor se puntaliza desde este momento. La novela tiene como preámbulo, el dolor y la crueldad. De aquí que la atención del lector quede prendida desde el primer momento y nazca en él de manera espontánea y violenta la admiración y simpatía hacia *Salvador de la Fuente*.

Desde las soledades de la cárcel, el protagonista de «Humano ardor», recorrer, cabalgando de recuerdo en recuerdo, de emoción en emoción, las incidencias y los momentos característicos de su niñez. Años, que transcurren en unas páginas, pero que no obstante, parecen dejar en nuestro ánimo y en nuestro sentimiento la ilusión de que los hemos ido viviendo día por día, hora tras hora. El desfile pintoresco y humano a un tiempo de los personajes del vivir argentino, encuadrados en los lienzos luminosos de sus campos y de sus «estancias» tamizan, en momentos hábilmente escogidos por el autor, las inquietudes y desasosiegos a los que nos entregamos en la lectura, nacidos del reflejo artístico y vibrante que Ghiraldo nos comunica desde las páginas de su libro.

El éxito que Alberto Ghiraldo viene obteniendo con la publicación de «Humano ardor», me complace acogerlo con el cariño y con la admiración de uno de los más nobles, más sinceros y entusiasmados escritores de nuestro tiempo.

FERNANDO DICENTA

Ayuntamiento de Madrid

DEL MUNDO DEL LIBRO

Títulos conocidos... y su verdadera significación

Vicente Blasco Ibáñez: *En busca del Gran Kan.* (Devaneos de una perrita settes).

Enrique Jardiel Poncela: *¡Espérame en Siberia, vida mía!* (Cablegrama del comandante Byrd a su esposa).

Miriam Harry: *La divina canción.* (Homenaje de las criadas al autor de «Ven, Cirila, ven»).

Gastón Leroux: *La máquina de asesinar.* (Endecha a una Guillette estropeada).

Joaquín Belda: *¿Quién disparó?* (Pregunta del juez de guardia).

Mauricio Dekobra: *El canto ante el verdugo.* (Preliminares en la consulta de un dentista).

José María Carretero: *La bien pagada.* (Cajetilla de cigarros Kamel).

Edgard Wallace: *Rey en la sombra.* (Historia de un sereno).

Abel Hermant: *El carro del Estado.* (Memorias de un breack de Obras públicas).

Anita Loos: *Los caballeros las prefieren rubias.* (De un prospecto de propaganda del agua oxigenada).

Pierre Benoit: *¡Olvidado!* (Aventuras de un paraguas).

Pedro Mata: *Corazones sin rumbo.* (Panorama del mostrador de una casquería).

Francis de Miomandre: *Las huronas.* (Biografía de tres pensionistas).

Marcel Proust: *A la sombra de las muchachas en flor.* (Tratado de horticultura).

León Trotsky: *Mi vida.* (Exclamación pasional).

J. K. Huysmans: *Allá lejos.* (Paseo por una colonia de casas baratas).

Wenceslao Fernández-Florez: *Visiones de neurastenia.* (Información gráfica de un Congreso Sufragista).

Funck-Brentano: *El drama de los venenos.* (Arte del nuevo cocktelero).

Anatole France: *Sobre la piedra inmaculada.* (Idilio en un banco del Retiro).

Ernesto Glaeser: *Paz.* (Robes et Manteaux).

Barbey d'Aureville: *Las diabólicas.* (De una cartelera del teatro Romea).

Irving Fisher: *La ilusión de la moneda estable.* (Reflexiones de un padre de familia).

Stendhal: *Rojo y negro.* (Residuos de un estuche de maquillaje).

Sacher Massoch: *La venus de las pieles.* (Precios inverosímiles en armiños y renards).

Guido da Verona: *Siéltate la trenza, María Magdalena.* (Recomendación galante de un peluquero).

Paúl Morand: *El Buda viviente.* (Historia de un portero mayor).

Por la transcripción,

LUIS ARDILA

¡RAMÓN!

El distinguido tahir, tan conocido en España, M. Marquet, regente de la Banca de Montecarlo, tiene en el presupuesto del Casino partidas interesantísimas.

Francia cobra por indemnizaciones especiales, que ingresan en el Tesoro francés, 190 millones de francos.

Su Santidad cobra 10 millones de ídem.

Y cierto personaje español que pone un interés muy grande en que no se juegue en España, ¡treinta millones!

Realmente la cosa no deja de tener gracia...

Ventosa, haciendo honor a su apellido, aplica sobre el Tesoro español su potencia absorbente y nos amenaza con el vacío absoluto.

Sobre nuestra pobre sangre española se lanzarán las más voraces sanguijuelas norteamericanas.

Sesenta millones de dólares nutren mucho. Pero no desesperemos. Cuando baje la peseta hasta ponerse a la altura del subsuelo, las acciones de las grandes Compañías subirán hasta las nubes.

Felicitamos al ilustre Ventosa, ex vicepresidente de la Chade.

Y al señor Cambó, presidente de la misma.

«El Sol» y «La Voz», ya convertidos en órganos palaciegos, quieren engañar a su antigua clientela enmascarándose—sólo por algunos días—de liberales.

Pero no logran engañar a nadie.

El público liberal se ha dado cuenta inmediatamente y llueven las bajas en las suscripciones y las abstenciones en la compra.

«El Sol» y «La Voz», órganos de los atunes y de la Monarquía, perecerán en breve. Es difícil sobrevivir en la España liberal, que nace pujante, a base de atunes y... de lo otro.

Y a propósito de atunes:

¡Qué bien le va ahora a la primera plana de «El Sol» la pijadita esa, diaria, que hace don Ramón M.^a Esquivel y Tenreiro!

Intelectual: desprecia siempre a la aristocracia ridícula del dinero y de los pergaminos, y no perdones ocasión de hacerla sentir este desprecio.

Obrero: desprecia también esa aristocracia, y no consideres en nada por encima de ti al intelectual.

¡Qué lástima!

A lo mejor muere de un atentado, en vez de morir como merece, ajusticiado, en garrote, en el patio de un presidio.

«Yo comparo—dijo el gran Unamuno en el Ateneo—a Bolívar con Don Quijote vencido en Barcelona por el bachiller manchego de la Blanca Luna. No sé si ahora algún bachiller catalán de la Blanca Peseta ahogará el gesto bolivariano de la ciudadanía española. Y puesto que ese

bachiller nos habla de problemas abstractos y concretos, yo le diré que lo abstracto es el régimen, y lo concreto es el rey.»

El marqués de Alhucemas, el muerto resucitado, se halla como en 1923, sentado en una poltrona ministerial.

Y hasta se le ha olvidado aquella famosa frase:

—¡Te juro, Manolo, por la salud de mis hijos, que no sabía nada!

Quien roba a un turista tiene cien años de perdón.

El proletariado y los intelectuales han de afirmar que son la única potencia creadora en España de un nuevo orden de cosas, donde la libertad sea posible y se implante el imperio de la verdadera justicia.



El homenaje a Larra

A propósito del homenaje que para 1937 se prepara al gran «Fígaro», y habiendo surgido por ahí una Comisión organizadora «espontánea» en la que figuran escritores de marcado carácter reaccionario, un distinguido escritor, Angel Martínez Massía, ha publicado en «El Liberal» un artículo con el cual nos hallamos de perfecto acuerdo y del que entresacamos algunos párrafos.

«Puestos en trance de rendir justicia a la casi olvidada figura de quien por tantas razones simboliza a la España contemporánea; decididos a tributar un homenaje digno de los merecimientos «de aquel esclarecido genio, del que somos hijos espirituales» y que «no supo adaptarse al mezquino ambiente de los tiempos que con tan certero juicio dejó retratados», tan en armonía con el de los días que corremos; dispuestos seriamente «a preparar el homenaje que debe tributarse al genial precursor de la actual generación literaria», téngase la seguridad de que la España contemporánea, los hijos espirituales de Larra, la actual generación literaria, no sólo no dejará de acudir al llamamiento que se les hace, sino que velarán por que el máximo esplendor corone los deseos de todos y por que al recuerdo de «Fígaro» y a su glorificación en el homenaje vayan unidos la autenticidad en el sentimiento y la mejor y más pura intención en los propósitos.

Pero es doloroso observar que se parte de errores en principio. Errores que, apenas se anuncia el propósito, saltan a la vista de las gentes bien intencionadas, que no se avienen a tolerar el intrusismo de determinados elementos en la Comisión organizadora.»

«Elementos que no cuentan con la confianza de quienes desean honrar merecidamente al liberal sin claudicaciones, ni ofrecen las garantías que deben esperarse de un recto propósito de gloriar las rebeldías y la laudable ejemplaridad de una vida truncada voluntariamente por no poder resistir precisamente aquello que ellos, más o menos hipócritamente, defienden o representan. Témesese, con fundamento, que pretendan despistar a las gentes, amparándose en la sombra de «Fígaro» unos; otros, adjetivados por sí larristas, para mejor encubrir sus inconfesables propósitos y malograr el esplendor que el popular entusiasmo y los buenos deseos de los bien dispuestos organizadores han de querer dar al homenaje.»

«Hombres como Maraón, Pérez de Ayala, Jiménez de Asúa y otros de los firmantes de la propuesta constituyen de por sí la máxima garantía

pero no así otros señores, que en calidad de intrusos se desplazan de los círculos de acción donde se desenvuelven para introducirse en un campo que les está vedado y donde, sobre no ser bien considerados, han de ser mal vistos.»

En efecto, esa Comisión organiza-

dora, elegida no sabemos por quién, carece por muchos de sus componentes de autoridad intelectual y moral para concitar y dirigir el homenaje a Larra. Nosotros secundamos la idea lanzada en otro artículo por el señor Martínez Massía de que nos reunamos todos los larristas y por votación elijamos a los individuos que consideremos más dignos, en todos sentidos, para formar la Comisión organizadora.

El «Zumalacárregui» de Benjamín Jarnés

por A. DE OBREGÓN

No creo que para escribir una buena biografía hay que participar de las ideas estéticas o políticas del biografiado. Claro es que esta duda tiene un origen y ese origen es el de que casi todas las biografías—sobre todo entre nosotros—están escritas por correligionarios políticos de los caudillos a biografiar. Esto no es nada extraordinario. Un biógrafo siente devoción por su hombre a biografiar de muy diversos modos; desde el momento en que le dedica su atención es que le seduce su personalidad y esta seducción puede ser de muy diversas índoles: Por la Política, por la Historia, por la Estética, por el Carácter. Es muy natural que un químico escriba la vida de Lavoisier o que Mourois escriba la de Byron, y, por eso mismo, puede parecer extraño que un hombre liberal se ocupe de otro conservador o viceversa. En la actualidad, los grandes biógrafos europeos dueños del mercado internacional escriben vidas diversas y esta diversidad no hace sino probar la honradez profesional de sus autores que van al genio por el genio, separándole de todo lo envolvente. Véase a Ludwig. Ha escrito vidas de dioses de la tierra múltiples: Napoleón, Guillermo II, Lincoln, Jesús...

Yo pienso que si una biografía es exclusivamente política, es preciso admirar políticamente al caudillo y, por tanto, comulgar—aunque sea sólo en parte—con sus ideas. ¿Podría hacer un comunista la biografía de Mussolini? ¿O un fascista la de Lenin? Habrá deslenguado que diga que sí para confundir a las gentes sinceras.

Pero Jarnés no ha hecho la biografía de un político, sino la de un hom-

bre de acción. Lo que pasa es que ha dado la casualidad de que ese hombre de acción se llamaba Zumalacárregui. Y era carlista. ¿No es así?

Benjamín Jarnés ha escrito un libro denso y nutrido que no decae ni fluctúa un momento desde el comienzo hasta el fin. El fin único que se ha propuesto es levantar los esfuerzos de los hombres de acción sobre los fracasos de la política de salón, o lo que es lo mismo, dibujar la silueta—tan movida—del caudillo carlista, dibujo que puede calificarse de magistral.

Si la biografía fuese de un carlista (el duque de Tal o el conde de Cual), el libro sería, además, un motivo de ataque a los liberales. Pero Jarnés es de éstos y para encariñarse con el caudillo de los otros ha tenido que sacarle con pinzas de todo lo que le rodeaba para dejarle a solas con su furiosa actividad, en la esfera de su genial dinámica. Jarnés no ha usado para contemplarle lentes de ningún color. Le han bastado sus retinas amantes de Stendal y, por tanto, de Napoleón.

¿Neutralidad? La biografía de Zumalacárregui no es: á exenta de ironías que se salen de la neutralidad para entrar en nuestros campos; porque ¿qué habrán dicho los carlistas del paso de ese don Carlos tan auténtico por las páginas del volumen?

No podemos dedicar más espacio al libro nuevo de Jarnés. Ahora que todo lo que se debe hacer ha de ir encaminado a la acción, aconsejamos en estas líneas la lectura de «Zumalacárregui». De lectura amena y bella, cuya documentación habrá costado a su autor muchas idas y venidas por las bibliotecas y por los archivos de las Vascongadas.

SUCESOR DE
APARIZ
FOTOGRAFADO
APARTADO 8.028
TELÉFONO 32.254
38 AÑOS
DE PRÁCTICA!!
QUINTANA 33. MADRID

A NUESTROS AMIGOS. A NUESTROS LECTORES

NUEVA ESPAÑA está realizando un esfuerzo gigantesco para conseguir el lugar que, lógicamente, le corresponde ocupar.

NUEVA ESPAÑA debe llegar a ser el primer semanario de su clase en nuestro país. Los que le hacemos, no le regateamos esfuerzo alguno, alentados por el éxito creciente que nuestra revista viene alcanzando. Y llegaremos a la meta del éxito tanto más pronto cuanto más eficaz sea el concurso que cuantos leen NUEVA ESPAÑA y simpatizan con sus postulados.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D.
de profesión que vive en
provincia de calle
AÑO

Es, pues, preciso el apoyo decidido de los amigos y simpatizantes de NUEVA ESPAÑA. Y la manera más inmediata y práctica de ayudarnos será remitiéndonos las líneas que abajo insertamos, llenas de nombres de amigos que sean susceptibles de ser nuestros suscriptores.

Con sólo **2 céntimos** de gasto y una pequeña molestia, pueden nuestros amigos coadyuvar prácticamente al éxito de **NUEVA ESPAÑA**.

Semestre, 6 pesetas. Año, 12 pesetas.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D.

de profesión

que vive en

provincia de

calles

півм.

nise

A Ñ O

núm. piso se suscribe por un ^{AÑO} SEMESTRE a la revista "NUEVA ESPAÑA", y remite por giro postal, núm.

la cantidad de $\frac{DOCE}{SEIS}$ pesetas, importe de la referida suscripción.

FIRMA

No se dará por válida ninguna suscripción que no venga acompañada de su importe total. Es muy conveniente llenar este Boletín a máquina.

LISTA DE AMIGOS SUSCEPTIBLES DE SER SUSCRIPTORES DE "NUEVA ESPAÑA"

[illegible]

**Franquear con un sello
de 2 céntimos.**

Lista remitida por D.

residente en

calles

Provincia de

A recortar y remitir a la Administración de NUEVA ESPAÑA
39, calle de Tudescos, 41 - MADRID - Apartado 555

IMP. DE SOC. F. PÉREZ CARR. PILARRO, 16, MADRID

Ayuntamiento de Madrid